



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA  
DE MÉXICO  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**POLÍTICAS DE LA MEMORIA Y ASUNCIÓN DE  
LA PROPIA HISTORIA: UNA APROXIMACIÓN  
PSICOANALÍTICA DE LA DESAPARICIÓN  
FORZADA EN MÉXICO**

**INFORME ACADÉMICO DE SERVICIO SOCIAL**

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN FILOSOFÍA**

**PRESENTA:**

**URIEL GABRIEL TAPIA DELINT**



**ASESOR:**

**DRA. ROSAURA MARTÍNEZ RUIZ**

**CIUDAD UNIVERSITARIA, CD.MX., 2024.**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## Índice

1.	INTRODUCCIÓN Y PRESENTACIÓN DEL INFORME .....	2
2.	LAS HERRAMIENTAS TEÓRICAS: BREVE PRESENTACIÓN DEL PSICOANÁLISIS.....	9
2.1	MEMORIA E HISTORIA: ESCRITURA Y REESCRITURA RETROACTIVA DE LAS MARCAS DEL SUJETO. ....	15
3.	DESAPARICIÓN FORZADA Y PSICOANÁLISIS: ALCANCES Y LIMITACIONES. ....	28
4.	MEMORIAL DE VÍCTIMAS: DESDE UNA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA. ....	51
5.	EL CASO DE ALICIA DE LOS RÍOS MERINO: REESCRITURA Y SUBVERSIÓN. ....	58
6.	CONCLUSIONES .....	63
7.	BIBLIOGRAFÍA .....	65

## 1. Introducción y presentación del Informe

El presente trabajo se titula «Políticas de la memoria y asunción de la propia historia: una aproximación psicoanalítica a la desaparición forzada en México». Intentemos servirnos del título para desbrozar su orientación, sus pretensiones y sus alcances. En primer lugar, señalemos: el trabajo aquí elaborado se propone como un Informe Académico de Servicio Social. En esa medida, le corresponden, a grandes rasgos, tres ejes:

—En primer lugar, lo «académico» del Informe, que tiene que ver con las herramientas conceptuales y metodológicas aprendidas a lo largo de la licenciatura, y que se pondrán al servicio del presente trabajo, donde tendrán que ponerse de relieve. Como primer gesto metodológico, uno aprende que no puede sino elegir dentro de un universo demasiado amplio de tradiciones, miras y conceptos, y que no se puede sino generar apenas un recorte (casi siempre arbitrario) que proponga un camino en una orientación precisa para pensar una determinada cuestión (y qué es el concepto sino eso: un recorte que propone una orientación de comprensión). En este caso, hemos optado por circunscribirnos a un campo epistémico en particular, entre muchos otros: el psicoanálisis de Sigmund Freud y de Jacques Lacan (e incluso dentro de este campo no haremos sino generar recortes conceptuales para articular lo que nos convoca). Que así haya sido responde, antes que otra cosa, a una decisión de índole personal, de resonancia vital (y desde qué otro lado podríamos ejercer el pensamiento si no desde nuestras urgencias vitales). Pero también se decidió así en función de su pertinencia, y esto en dos sentidos: primero, porque el psicoanálisis no es un campo epistémico como cualquier otro, sino uno con la particularidad de ser un campo conceptual que se articula para sostener una práctica clínica bien delimitada, que se compromete con el pensar del sujeto, y que oferta, desde su práctica, posibilidades de rectificación subjetiva con relación a ese pensar (por favor no tomemos ese «rectificar» por ningún sesgo moral: más adelante elaboraremos en qué sentido se sostiene). De modo que elegir un campo como el psicoanálisis ya indica una toma de postura en relación con el trabajo que elaboramos: buscamos que su repercusión esté en el orden vital y concreto, en consonancia con aquello que Lacan sostuvo incluso hacia el final de su enseñanza, a propósito de que el psicoanálisis no consistía sino en «un sesgo

práctico para sentirse mejor»<sup>1</sup>. Esto, sin embargo, queda simple y llanamente del lado de las pretensiones, es decir: que de hecho se consiga no está en absoluto garantizado.

Por otro lado, su pertinencia también se inscribe en el hecho de que es consonante con las miras de orientación que desde el Seminario al que se prestó servicio social—“Violencia, subjetividad y trauma colectivo”, dirigido por la Dra. Rosaura Martínez Ruiz—se trabajan, donde la perspectiva psicoanalítica no está en absoluto ausente, aunque es cierto que bajo sesgos particulares que no siempre son idénticos a los de este trabajo (cosa que, por otro lado, sería, si no imposible, sí bastante empobrecedor).

En suma, en lo relativo al primer eje, lo «académico» del Informe se sostendrá en el psicoanálisis de Freud y de Lacan y, como ya se dijo, ni siquiera en “el” psicoanálisis de Freud y Lacan como si ello fuera un cuerpo conceptual homogéneo y acabado, sino que se propondrán recortes y lecturas particulares de sus obras, a las que sin embargo intentaremos mantener dentro de los marcos que les son propios. Un poco más adelante, hacia el final de la presente introducción, articularemos en qué sentido usaremos la perspectiva psicoanalítica, bajo qué sesgos, pero la pretensión será dar cuenta *académicamente*, es decir, justificar desde conceptos articulados y una metodología precisa, aquello que se elaboró a lo largo de meses de servicio social, punto al que pasaremos en breve. Por otro lado, se indica desde ya que, si bien se tienen pretensiones «terapéuticas», o, dicho de otro modo, si se ha elegido el psicoanálisis por la incidencia terapéutica que tiene, ello no significa, empero, que se tome aquí al psicoanálisis en la vía estrictamente clínica de su ejercicio. Ello por razones obvias: este es un texto que rebasa los marcos del dispositivo analítico en cuanto tal (es decir, escapa al consultorio del analista). Ello no impide, al menos no cancela de antemano, la posibilidad de que, tomando al psicoanálisis por su sesgo de discurso, no pueda haber, al menos en alguna medida, una incidencia «terapéutica» en todo esto. Este punto se tratará detenidamente más adelante.

—El segundo eje del Informe Académico de Servicio Social está del lado del Servicio Social prestado. En este sentido hemos de decir, en primer lugar, que el Servicio Social se presta en un Seminario de Investigación cuyo trabajo me precede, y que me sucederá también. Esto implica que los temas ante los cuales trabajar están dados de antemano, que no forman parte de mi elección. Esto implica, también, trabajar en temas o conceptos con los

---

<sup>1</sup> J. Lacan, *El Seminario*, libro 24, Clase del 14 de diciembre de 1976.

que quizá no habíamos trabajado antes, que representan una novedad en nuestras rutas de investigación. Eso fue lo que sucedió en mi caso, pues el tema central dentro del Seminario para el primer semestre de 2023, período que me correspondió, fue la *desaparición forzada*. Reitero que la desaparición forzada es para mí una novedad en tanto tema de investigación y de elaboración conceptual, puesto que, en tanto ciudadano, como mexicano, la desaparición forzada es un tema sumamente presente, por lo excesivo y desgarrador de sus dimensiones, y por lo corto que ha quedado todo lo que a su resarcimiento respecta. Formar parte de la generación que vivió en el Bachillerato la desaparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa<sup>2</sup> deja marcas que hacen de la desaparición forzada un tema siempre presente, siempre desgarrador, siempre articulador de lucha política. Por otro lado, sin embargo, a lo largo de la Licenciatura no tuve la oportunidad de elaborar conceptualmente temas afines, de modo que el intento fue, desde el inicio, intentar aportar y elaborar conceptualmente, desde un terreno que sí conocía y que había trabajado—el psicoanálisis—, el agujero que la desaparición forzada significa en la historia política del México contemporáneo. Reitero y aclaro esto no por mera curiosidad anecdótica, sino para aclarar la orientación del presente Informe.

—Por último, el tercer eje del Informe Académico de Servicio Social tiene que ver con aquello que respecta a la dimensión del «Informe», es decir, del «dar cuenta», y esto no desde una mera narración de lo acontecido, sino desde una articulación precisa de las dos dimensiones anteriormente puestas de relieve. Es decir, que debe mostrarse la relación entre el campo conceptual elegido (el psicoanálisis) y el Servicio Social prestado (la creación de un Memorial de Víctimas), y esto tanto en aquellas ocasiones en las que pudieron felizmente articularse, como en aquellas en las que el campo conceptual elegido resultó insuficiente o inadecuado para pensar la cuestión, o incluso allí donde el préstamo de conceptos psicoanalíticos deviene en su desvanecimiento, por sacarlos de los marcos que les son propios. Con todo, la postura del presente trabajo—y no creo faltar a la verdad cuando digo que es la postura también del trabajo que se ha venido realizando dentro el Seminario—es mostrar la pertinencia que tiene el psicoanálisis no solo como práctica clínica en el

---

<sup>2</sup> En la noche del 26 de septiembre del 2014, 43 estudiantes de la Escuela Rural Normal de Ayotzinapa desaparecieron, a manos de agentes del Estado, en la ciudad de Iguala del estado de Guerrero, y jamás se volvió a saber de ellos. Este acontecimiento ha sido trabajado por miembros del Seminario, incluso específicamente por la Dra. Rosaura Martínez Ruiz, como coordinadora del libro titulado *Pensar Ayotzinapa*.

consultorio, sino también en la medida en que es un discurso que puede tener incidencia en la conversación política, que puede ser bastión crítico de la cultura. Esto, sin embargo, no nos exime del cuidado conceptual que hemos de tener al sacar conceptos de sus marcos propios. Cuando así sea, se lo señalará, y esto por mera honestidad intelectual. Si el concepto logra sostenerse en un marco distinto del que fue tomado, con medios y fines a veces consonantes, pero también divergentes en su especificidad, es algo que no podemos saber de antemano y que formará parte del trabajo mismo. Toda la discusión alrededor de este punto corresponde a la dimensión del «Informe», del dar-cuenta, de la articulación entre psicoanálisis y desaparición forzada.

Ahora bien, una vez establecidos los tres ejes rectores del presente informe, establezcamos el planteamiento general, del que partirán todas las elaboraciones posteriores: el presente trabajo propone pensar la desaparición forzada en México desde algunas herramientas teóricas del psicoanálisis. A decir verdad, el presente trabajo pretende trabajar la desaparición forzada desde un tratamiento específico: la historización a su alrededor. El trayecto argumentativo se propone como sigue: en primer lugar, la conceptualización de la desaparición forzada como un punto no-simbolizado de la historia mexicana contemporánea. Y lo no-simbolizado que aquí se pone en juego será entendido, en una primera aproximación, como aquella parte del discurso concreto, en cuanto transindividual, que falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente, como aquel «capítulo de mi historia marcado por un blanco u ocupado por un embuste: el capítulo censurado».<sup>3</sup> En este punto el psicoanálisis, como método terapéutico, es propicio, por cuanto uno de sus objetivos clínicos es «llenar las lagunas de recuerdo»<sup>4</sup>, es decir, recordar, aunque no por el recordar mismo, sino porque el recordar ha de permitir al sujeto, mediante la palabra, asumir su historia, resubjetivar los desgarros pasados de modo que procuren horizontes de futuro: «es ciertamente esta asunción por el sujeto de su historia, en cuanto que está constituida por la palabra dirigida al otro, la que forma el fondo del nuevo método al que Freud da el nombre de psicoanálisis».<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> Cfr. J. Lacan, “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos I*, p. 251.

<sup>4</sup> S. Freud, “Repetir, recordar, reelaborar” en *Obras Completas*, Tomo XII,, p. 150.

<sup>5</sup> J. Lacan, “Función y campo...”, p. 249.

Elaboraremos, en primer lugar, desde lo propiamente psicoanalítico, nociones pensadas de manera novedosa, y con pertinencia terapéutica, por Freud y Lacan, tales como la memoria, la temporalidad retroactiva del inconsciente (*Nachträglichkeit*) y la clínica de la restitución de la continuidad de la historia del sujeto (y, en esta última, sus concomitantes, tales como la relación entre historia y verdad, y la función de la palabra en la resubjetivación que produce la rememoración). Posterior a ello, intentaremos producir el vínculo que articula lo estrictamente psicoanalítico y la desaparición forzada, poniendo de relieve su pertinencia y la posibilidad de pensar esto no-tramitado desde la perspectiva psicoanalítica, sin dejar de reconocer las limitaciones que a ésta se le imponen para pensar la cuestión.

Ahora bien, con todo y que el presente trabajo no se inscriba estrictamente en un espacio de trabajo clínico, la apuesta es interrogar en qué medida desde estas herramientas psicoanalíticas puede plantearse una tramitación simbólica del desgarró, de modo que, si bien no es estrictamente la clínica lo que está aquí en juego, sí se trata, sin embargo, de un saber-hacer con un agujero: a su alrededor. Del mismo modo que el presente trabajo no se inscribe estrictamente en lo clínico, también se le escapa la pretensión de administración de justicia, no porque no sea deseable, sino porque escapa a las competencias específicas de este trabajo (lo cual no quiere decir, sin embargo, que nada se haya trabajado en el Seminario de la Dra. Rosaura Martínez alrededor de las pretensiones de justicia). Más bien, se busca orientar teóricamente por qué es importante la asunción de nuestra propia historia mediante la palabra, por qué es importante inscribir una narración, un relato, allí donde solo hay desgarró y agujero, y de qué manera esto podría hacerse desde el psicoanálisis. Que eso pueda tener efectos curativos y de justicia, si bien forma parte de nuestras aspiraciones, no estamos en condiciones de garantizarlo: a este respecto, ante lo excesivo de estos hechos, casi cualquier tarea es insuficiente. Si en algo podemos, sin embargo, sumar en mentada dirección, nuestra tarea estaría más que recompensada.

Por otro lado, si bien la apuesta es articular la clínica psicoanalítica y la posibilidad de algún grado de tramitación de la desaparición forzada mediante una puesta al trabajo de la palabra, será menester poner de relieve que, por un lado, esto ya no es, estrictamente hablando, psicoanálisis: rebasa los marcos psicoanalíticos. Esto por varias razones, que se elaborarán detenidamente en el desarrollo del trabajo. Por eso la estrategia de argumentación será partir de lo estrictamente psicoanalítico, ponerlo sobre la mesa, después poner sobre la

mesa lo que respecta a la desaparición forzada, y por último intentar articular ambas dimensiones sin que ello sea un desvanecimiento de lo propio de cada una. En esa medida, será importante poder sopesar sus alcances y sus limitaciones. Ahora bien, por lo que respecta a la desaparición forzada temáticamente, pero también a lo que del Servicio Social se tiene que informar, se traerá a colación el trabajo respectivo al Memorial de Víctimas, actividad central (aunque no la única) de la prestación del Servicio Social.

Como ya se mencionó, el Seminario de Investigación en el cual se prestó el Servicio Social me precedía en cuanto al trabajo que se venía realizando en él. Lo mismo para el Memorial de Víctimas: se había planteado la iniciativa de crear un memorial virtual que testimoniara cómo se ha contado la verdad de la desaparición forzada y de las buscadoras en México. Tras vicisitudes y obstáculos de orden metodológico, e incluso burocrático, lo que se estipuló para mi equipo de trabajo fue realizar la investigación de un caso particular de desaparición forzada a partir del cual pudiera ponerse de relieve el entramado social, político, e incluso semiótico de la cuestión: el caso de Alicia de los Ríos Merino<sup>6</sup>. Este caso lo leemos como detención-desaparición forzada en el sentido que lo plantea Camilo Vicente Ovalle en su texto *Desapariciones en México: la emergencia de un campo*: es decir, como un concepto que permite articular desapariciones acontecidas a manos de agentes del Estado, agrupando en ello no solo desapariciones de posterior aparición como la de los 43 normalistas de Ayotzinapa, sino que este concepto, desde lo planteado por Ovalle, es legítimo para comprender y para agrupar fenómenos acontecidos ya desde los años de la contrainsurgencia—1960-1980—(esto sin desconocer, como lo hace el propio Camilo Ovalle, que la «desaparición forzada», como concepto y como realidad social, adquirió mayor consistencia en décadas posteriores. El planteamiento básico es que, a pesar de ello, las nociones de detención-desaparición forzada ya existían en la prensa, además de tener existencia fáctica, de modo que se las puede leer y agrupar bajo esta noción, aunque bien es cierto que aún no tenía el tratamiento que ganaría después a través de otras instancias

---

<sup>6</sup> Alicia fue detenida el 5 de enero de 1978 por policías de la División de Investigación para la Prevención de la Delincuencia (“DIPD”) en la colonia Nuevo Vallejo del Distrito Federal<sup>6</sup>. La DIPD era la división secreta de seguridad de la Ciudad de México, y cometió diversas desapariciones durante la Guerra Sucia<sup>6</sup>, sin embargo, no se tiene acceso a los archivos de esta entidad. Por ello, muchas de sus acciones siguen en la oscuridad. Su caso se tratará más detenidamente hacia el final del presente texto. Véase, infra. “El caso de Alicia de los Ríos Merino: reescritura y subversión”.

sociales, políticas y académicas, donde finalmente se fundaría como campo y adquiriría «realidad social»<sup>7</sup>).

En suma, la pretensión será elaborar, no el caso de Alicia de los Ríos Merino por sí mismo (eso fue trabajo del Servicio Social, que ya ocurrió), sino *interrogar en qué medida se puede justificar la pertinencia de un trabajo así desde el psicoanálisis*. De modo que, aclaremos nuevamente, en las páginas siguientes no se reproducirá el trabajo de investigación alrededor de Alicia de los Ríos Merino en su totalidad. Se traerá a colación de manera breve, sólo para ubicar sus coordenadas básicas, pero el acento estará puesto en la interrogación siguiente: ¿puede sostenerse la pertinencia de la elaboración de un memorial de víctimas desde el psicoanálisis?

Resumamos, pues, lo fundamental de esta introducción en el establecimiento de tres objetivos principales, que marcarán el camino del presente trabajo:

- En primer lugar, como dijimos, se elaborará teóricamente desde el psicoanálisis—al que haremos una breve presentación—, y esto a través de los siguientes conceptos: 1. Memoria, 2. Historia, 3. La noción de *Nachträglichkeit*, o la temporalidad retroactiva del inconsciente, y su incidencia en la dirección de la cura, 4. La clínica de la restitución de las lagunas del recuerdo y la resubjetivación de la propia historia, 5. El vínculo entre historia y verdad, 6. La función de la palabra en psicoanálisis: tramitación psíquica. 7. El agujero: límite de lo tramitable.

Si bien los conceptos aparecen aquí numerados—y ello se ha hecho así para aclararnos a nosotros mismos el camino—, su articulación e interdependencia es tal que el planteamiento no los elaborará por separado, sino en el conjunto indisoluble que forman.

- Posterior a ello, nos interrogaremos por la pertinencia, al mismo tiempo que por los alcances y las limitaciones, para pensar la desaparición forzada a partir de los conceptos trabajados, manteniendo la honestidad intelectual suficiente para señalar las limitaciones, mas sin renunciar a la postura que ya señalábamos: incluso si no es «riguroso», la apuesta es «extender» el dominio del psicoanálisis más allá de la clínica dentro del consultorio, de modo que como discurso pueda incidir en la lectura

---

<sup>7</sup> C. Ovalle, “Desapariciones en México: la emergencia de un campo”, en *Historia y grafía*, núm. 56, pp. 53-87.

y elaboración de fenómenos sociales y políticos. En esta parte incluiremos un esbozo de otras aproximaciones a temas afines, tanto las que quedan por dentro de la perspectiva psicoanalítica como las que quedan por fuera de ella.

- A partir del marco teórico y conceptual, pretenderemos dar una justificación conceptual, ya con las piezas armadas, de la creación de un memorial de víctimas desde la perspectiva psicoanalítica. Para ello traeremos a colación, aunque sea brevemente, la historia de Alicia de los Ríos Merino, quien, aunque desaparecida, es traída a la memoria y a la presencia—presencia, claro está, no en la radicalidad que querríamos, no en el sentido de hacerla aparecer, sino traerla a la presencia, mediante la palabra y la escritura, de modo que su historia no caiga ni en el perdón ni en el olvido, y que pueda, además, devenir bastión de articulación colectiva y resistencia política—Viendo en esto una tramitación simbólica de lo desgarrador de su desaparición, al mismo tiempo que su subversión (aunque esto sin desconocer que ello no alcanza a tramitarlo todo).

## **2. Las herramientas teóricas: breve presentación del psicoanálisis**

El psicoanálisis nace como práctica clínica y como discurso en los albores del siglo XX. Y si bien puede atajarse conceptualmente su aparición desde múltiples aristas, hemos decidido tomar solamente dos. Estos dos aspectos de la emergencia del psicoanálisis, por un lado, hacen patente la discontinuidad que éste significó en relación con la medicina de su tiempo, al mismo tiempo que nos ponen sobre el tapete cuestiones esenciales de su quehacer. El psicoanálisis trajo consigo un cambio de orientación clínica en al menos dos sentidos que se entranan y complementan entre sí: por un lado, el psicoanálisis implicó una transición que partió, con Charcot, de una clínica sostenida en la mirada (basta recordar, para hacer sensible esto, el famoso cuadro de André Brouillet, donde figuran las sesiones de Charcot en la clínica de *Salpêtrière*) a *una clínica sostenida en la palabra*. Es decir, que si el discurso médico de fines del siglo XIX, sobre todo en París, hacía de las famosas «histéricas» (y de su cuerpo) material de exhibición ante la mirada médica, incluso material de experimentación (no olvidemos que Charcot fue discípulo de la medicina experimental de Claude Bernard)— y ello porque estaban más interesados por la demostración y la clasificación de las

enfermedades que por su curación («Sin adoptar el principio del nihilismo médico, [Charcot] apenas se ocupaba de tratar o curar la neurosis. Usaba la hipnosis, no con fines terapéuticos, sino para la demostrar la precisión de su concepción de la histeria»<sup>8</sup>)—, Freud, en este punto influenciado por Hippolyte Bernheim y su «hipnosis verbal en estado de vigilia», transitó paulatinamente y cada vez más a una clínica sostenida en la escucha: en la palabra.<sup>9</sup>

Aquí ha de hacerse la precisión de que la influencia de Charcot en Freud no fue menor, sino decisiva. Fue gracias a su maestro parisino que se había conquistado un continente nuevo, que sería de suma importancia para el psicoanálisis por venir: el continente de la sexualidad y de lo traumático. Sin embargo, y si bien Freud no renunció a lo que aprendió con Charcot, se distanció de él en este punto y tomó de Bernheim el principio de una terapia que allanaba el camino a una cura por la palabra.<sup>10</sup> De modo que hubo un tránsito entre las mujeres «locas» procedentes de los arrabales parisinos, que habían servido de motivo para la elaboración de una clínica de la mirada de Charcot, a las posteriores mujeres vienesas, recibidas en el secreto de un gabinete privado, a quienes Freud les «dio la palabra», con lo cual se inauguró una clínica no solamente sostenida en la escucha, sino que también se pasó de la publicidad del hospital a la privacidad del consultorio (a este respecto no puede pasarse por alto el hecho de que las mujeres vienesas recibidas por Freud eran en su mayoría burguesas, acomodadas, que podían permitirse el lujo de la privacidad, a diferencia de las mujeres de la *Salpêtrière*, que en su mayoría eran mujeres del pueblo. Lo cierto, en última instancia, es que se acudió a la fundación de un campo y de una praxis por entero distinta a lo que hasta el momento existía: una clínica de la privacidad donde el único «tercero» admitido en el consultorio es la palabra misma).

La segunda novedad que el psicoanálisis supone en relación con el discurso médico de su tiempo recae en la conceptualización misma de la etiología de la histeria, de la neurosis, del padecimiento subjetivo en general. El psicoanálisis se articuló como práctica y como discurso en la medida en que tomó distancia del discurso médico-psiquiátrico, aquel imperante en la Viena de la segunda mitad del siglo XIX, que sostenía, con Meynert como uno de sus principales defensores, que todos los fenómenos psicológicos se reducían

---

<sup>8</sup> É. Roudinesco, *Freud en su tiempo y el nuestro*, p. 58.

<sup>9</sup> *Ibidem.*, p. 66.

<sup>10</sup> *Idem.*

meramente a un sustrato orgánico.<sup>11</sup> Freud estudió con Meynert por algunos meses en 1883, y fue testigo de cómo ante tal conceptualización etiológica, el tratamiento consecuente se limitaba a procurar tratamientos corporales sin prestar atención a la palabra del cuerpo al que se dirigían (tratamientos que, digámoslo de una vez, eran muchas veces terribles). Franz Anton Mesmer, por ejemplo, era otro médico que sostenía una comprensión afín a la de Meynert y, pensando que las enfermedades nerviosas tenían su origen en el desequilibrio en la difusión de fluidos corporales, sometía a sus pacientes a crisis convulsivas para restablecer el equilibrio fluídico perdido.<sup>12</sup> Lo cierto es que la ciencia médica de aquel entonces no lograba dar ni tratamiento ni cura ante los desmayos, angustias, neurastenias histéricas, cuyos orígenes se desconocían, pero que, por no proceder meramente de desórdenes orgánicos, por medio de regímenes corporales (entendido el cuerpo meramente como lo biológico) tampoco podían tratarse. La solución más sencilla para la mayoría de aquellos médicos era tratar a las histéricas de «simuladoras». Esto lo pone de relieve bellamente Isidoro Vegh:

El psicoanálisis es hijo de la indigencia médica. A veces advierto, cuando me invitan algunos residentes de hospitales, que muestran demasiado orgullo por usar el delantal médico. No recuerdan que las pacientes que iban a verlo a Freud antes habían encontrado el límite, el fracaso de la mejor medicina de su tiempo, que era la de la Viena imperial. ¿Y qué decían los médicos a las histéricas? Lo que dicen hoy algunos médicos en las guardias: “Usted no tiene nada”. Les faltaba un poco de humildad. “Usted no tiene nada a lo que con mis paradigmas yo pueda responder”, tendrían que haber dicho. Y se las mandaba a ese señor raro que se llamaba Sigmund Freud. Que, en lugar de decirles que no tenían nada, *las invitaba a la palabra*.<sup>13</sup>

De modo que hay una solidaridad, una articulación, entre las dos dimensiones antedichas. Por un lado: de una clínica de la publicidad-mirada, a una clínica de la intimidad-palabra, como un cambio de marco y de medios. Y cabría preguntarse: ¿por qué una clínica de la palabra? ¿Qué pertinencia y qué eficacia puede eso tener? ¿Era meramente un ornamento, o acaso un capricho, que los medios específicos de esta nueva práctica clínica no sean otros que los de la palabra? Pero lo que estas preguntas orientan es aquello que articula la primera y la segunda de las dimensiones que escogimos para introducir el psicoanálisis (es decir: los medios propios de esta praxis—la palabra— se articulan con el entramado conceptual que le hace de soporte: en este punto, la etiología «psíquica» que propone).

---

<sup>11</sup> *Ibidem.*, p. 54.

<sup>12</sup> *Ibidem.*, p. 57.

<sup>13</sup> I. Vegh, “¿Por qué falo-castración?”, en *Retorno a Lacan. Una clínica del sujeto*, pp. 31-32. Las cursivas son nuestras.

Pues en los límites de la medicina, allí donde la medicina no podía sino recular o desestimar, allí donde los marcos «materialistas» de la medicina moderna no llegaban, aconteció el psicoanálisis. Pero si el psicoanálisis aconteció allí donde el burdo «materialismo» (lo decimos en el sentido corriente del término) médico no hallaba fenómenos válidos para sus marcos propios, ello sin embargo no implicó un retorno hacia ninguna clase de espiritualismo renovado. No, por el contrario, puesto que el psicoanálisis tuvo que hallarse un sitio en los intersticios erigiendo un discurso nuevo y propio, que se alejaba tanto del discurso burdamente «materialista» de la ciencia médica como del discurso «espiritualista» de la religión. De modo que el psicoanálisis trascendió el binarismo en juego: pues descubrió que no es necesario que haya espíritus y demonios para que el cuerpo-psyque se halle perturbado, y que no todo discurso racional, ni toda *episteme*, tenía que acogerse a los marcos de la ciencia médica «materialista» que imperaba entonces (e incluso hoy).

Lo que descubrió Freud, en los intersticios, es que hay un sinfín de síntomas (parálisis, desmayos, dolores, vómitos, entre muchos otros) que no parecen responder solamente a cuestiones orgánicas, y que, por eso mismo, pueden (o, más precisamente: *deben*) tramitarse mediante la palabra, pues su entramado, incluso su enquistamiento, es «psíquico». Esto ya es patente desde las primeras publicaciones psicoanalíticas, incluso aquellas anteriores a *La interpretación de los sueños*. Paremos particularmente en *Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos*, publicado en 1893, para poner esto de relieve. En el texto mentado, Freud relata que fue de la mano de dos de sus grandes maestros, Charcot y Breuer, que pudo trascenderse el prejuicio de las histéricas como «simuladoras», y asistir, más bien, al complejo entramado psíquico y simbólico que sostiene síntomas tales, entramado que si bien «invisible» en el sentido de no responder a signos materiales constatables, no por ello es inexistente, sino todo lo contrario, pues, no sólo produce efectos (entre los cuales destaca el síntoma), sino que además tiene una lógica propia, descifrable y tramitable (esto último, al menos hasta cierto punto). Si bien a lo largo del texto se ponen en juego distintos casos clínicos, con distintas sintomatologías, lo cierto es que hay un planteamiento general que los articula a todos ellos. En primer lugar, que el síntoma no responde a traumatismos o desordenes de orden mecánico o físico, sino que su eficacia responde, más bien, a un entramado de vivencias teñidas de afecto cuya «carga energética» no ha podido ser

debidamente «abreaccionada» o descargada<sup>14</sup>: esta abreacción o descarga incompleta se vería simbolizada en el síntoma como una formación de compromiso. Pero ya hablar de «descarga» o «abreacción» ciertamente pone en juego la dificultad propia de la cuestión, pues ya hemos dicho que no se trata de «descargas» de materiales que pudieran hundirse en el espacio euclidiano—aquí la ruptura con el discurso médico contemporáneo a Freud es palmario—. Lo cierto es que Freud, por un lado, no deja de ser hijo de su tiempo, y sus marcos epistémicos no dejan de ser mecanicistas (de ahí nociones como «descarga» o «abreacción»), pero, como hemos dicho, estos términos no están utilizados sino en sentido metafórico, porque las descargas no son de sustancias meramente orgánicas, ni biológicas.

Para hacer sensible esto podemos remitirnos a ese intento monumental de Freud de poner en forma el funcionamiento del aparato psíquico, en un texto ciertamente cercano al previamente mencionado—hablamos del *Proyecto de una psicología para neurólogos* de 1895—, donde Freud, apoyado en los marcos epistémicos de su tiempo, plantea el aparato psíquico como dividido en organizaciones de «neuronas» distintas (las  $\Phi$ , las  $\Psi$  y las  $\omega$ ). No nos detendremos demasiado en el planteamiento del *Proyecto*, puesto que explicitarlo en detalle rebasa las pretensiones del punto que queremos resaltar. Lo que aquí quiere ser puntualmente puesto de relieve es que Freud estaba encontrando una *tierra ignota* que intentaba atajar con los marcos epistémicos con los que contaba, pero ciertamente esos sistemas «neurales» no correspondían propiamente a «neuronas», ni al cerebro. Si ello fuera el caso, el psicoanálisis habría encontrado su pertinencia y su justificación en la medida en que los estudios neuronales confirmaran lo que Freud planteó. Pero la cuestión no va en absoluto por ahí. Lo que hay aquí en juego está por el lado de los «representantes psíquicos» (*Vorsetellungsrepräsentanz* los llamó Freud, más adelante podremos decir con Lacan: significantes) del «aparato psíquico» de un sujeto, que en última instancia no son sino la inscripción de lo que en un sujeto pasó por el Otro (aquí Freud aludía a las vivencias, a los afectos, pero lo que queda ya no son esas dos cosas en sí mismas, ni ninguna otra cosa «en sí misma», *sino sus inscripciones: una escritura, una sintaxis*).

Todo esto lo planteamos para poder ubicar que aquello que Freud fue encontrándose en su práctica clínica no eran desórdenes meramente orgánicos, sino las *historias* de los

---

<sup>14</sup> Cfr. S. Freud, “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos”, en *Obras completas, Tomo III: Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-1899)*, pp. 38-39.

sujetos que los consultaban, es decir, una cierta escritura, una cierta sintaxis, donde síntomas respondían simbólicamente a aquellas partes de la historia del sujeto que no habían sido debidamente tramitadas, que se hallaban «interceptadas», censuradas, incluso olvidadas. En realidad, esta falta de «abreacción» o descarga, podía reconducirse a su falta de tramitación simbólica. De hecho, esa es la razón por la que Freud abandonó la hipnosis: porque con la abreacción no bastaba. Era necesario que esa descarga se vinculara con el resto de las representaciones psíquicas del sujeto para que el síntoma se levantara: es decir, era necesario que esa verdad amordazada en el síntoma se hiciera *historia* en el sujeto, y este hacer historia implicaba ya un trabajo de reelaboración simbólica—no de mera abreacción—que era lo único que, finalmente, lograba levantar los síntomas. Los síntomas eran marcas que, simbólicamente, ubicaban esos sitios a donde la palabra no había podido llegar: «A tales *simbolizaciones* han recurrido muchos pacientes en toda una serie de sedicentes neuralgias y dolores. Existe, por así decirlo, un propósito de expresar el estado psíquico mediante uno corporal, para lo cual el *uso lingüístico* ofrece los puentes.»<sup>15</sup> Es decir, que lo importante en el síntoma, para Freud, no era lo que de éste pudiera corroborarse mediante exámenes médicos en el orden de lo orgánico, sino lo que el paciente pudiera «asociar» al respecto, es decir, vincular a su historia: ahí se jugaba la curación del síntoma, en la medida en que la catexis libidinal se re-ligaba a su concatenación significativa. Pues precisamente el síntoma era eso: el divorcio entre la catexis—la investidura— y la representación en cuestión. Pues lo que se reprimía era la representación, y el monto libidinal iba a dar al síntoma desplazándose: por eso la rearticulación del «capítulo en blanco» lo levantaba.

Y sí, en la medida en que no se trataba de padecimientos meramente orgánicos, en esa medida la «abreacción» (pero no sólo eso, como ya dijimos, sino también su «ligazón») en juego debía ser mediante la palabra. Pues el cuerpo que al psicoanálisis compete es refractario a la división cartesiana entre *res extensa* y *res cogitans* como dos dominios heterogéneos: por el contrario, “mente”-cuerpo son un continuo, tienen mutua correspondencia e incidencia entre sí. De ahí que Freud se encontrara con parálisis y vómitos llamados «histéricos»: pues respondían a un cuerpo no entendido como burda materia, sino a un cuerpo simbolizado, en el que las «representaciones psíquicas» se inscriben, y que en esa inscripción moldean al cuerpo, lo sintomatizan. Del mismo modo, en la medida en que

---

<sup>15</sup> *Ibidem.*, p. 35. Las cursivas son nuestras.

dichas «representaciones psíquicas» tienen una inscripción que, si bien puede ser duradera, no es inalterable (recordemos ese texto, bastante posterior cronológicamente a los que hemos aludido hasta aquí, mas solidario en lo conceptual, sobre la *Pizarra mágica*, donde esto se pone en juego) el cuerpo puede ser la superficie no solo de una escritura, sino de una reescritura de las marcas que lo constituyen. En última instancia, esto no es sino la justificación de que sea la palabra el medio específico de una nueva terapéutica: pues la palabra tiene incidencia en el cuerpo-psyque, *lo escribe*. Y del mismo modo, el cuerpo-psyque puede «curarse» mediante la palabra: la curación no es otra cosa que la re-escritura en una dirección menos costosa para el sujeto.

Todo lo anterior para establecer apenas un marco, tan solo unas coordenadas básicas, en las cuales pueda plantearse en qué medida y en qué sentido desde el psicoanálisis puede sostenerse la palabra como curativa. Pero la palabra por sí misma no es lo curativo, pues en la palabra ya estamos de entrada, de modo que para llegar a sostener esto con mayor contundencia hacen falta aún algunas precisiones, que irán tejiéndose a lo largo del trabajo. En suma: lo curativo es un cierto uso de la palabra, una palabra que se liga, que se historiza en el sujeto, que reescribe. Para poner de relieve con mayor claridad la historización y la reescritura que se propone desde el psicoanálisis, haremos un sucinto recorrido de algunos conceptos sin los cuales este marco no puede comprenderse. Los conceptos serán: 1. La memoria: una escritura, 2. La noción de *Nachträglichkeit*, o la temporalidad retroactiva del inconsciente, y su incidencia en la dirección de la cura, 3. La clínica de la restitución de las lagunas del recuerdo y la resubjetivación de la propia historia, 4. El vínculo entre historia y verdad, 5. Los límites de lo historizable y lo traumático.

## **2.1 Memoria e historia: escritura y reescritura retroactiva de las marcas del sujeto.**

Tanto la memoria como la historia son conceptos que en psicoanálisis darían para tesis doctorales, o para investigaciones del aliento de toda una vida, de los cuales además podrían resaltarse distintos sesgos que llevarían por horizontes muy distintos. Lo que aquí se propone es un recorte, una orientación de lectura, que proponga a la «memoria» como una escritura, una inscripción, que testimonia del pasaje del sujeto por el campo del Otro.

Decimos que la memoria es una escritura en la medida del siguiente planteamiento: la memoria, como escritura, testimonia de aquello que en un sujeto pasó por el Otro, testimonia de las marcas de este Otro en el propio cuerpo (o en el propio «aparato psíquico», que incluye al cuerpo). Esto es un dato de partida (al menos a lo que un análisis se refiere: uno llega al análisis con una escritura en el propio aparato psíquico, escritura que en ocasiones implica un penar). En el análisis, de la memoria, uno parte a la historia, y la historia ya es re-escritura: historizar ya es re-escribir. Pues la historia no es el pasado, como Lacan muestra en su Seminario 1: «La historia no es el pasado. La historia es el pasado historizado en el presente, historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado.»<sup>16</sup>

De modo que distinguimos entre pasado, memoria e historia, del siguiente modo: por pasado nos referimos a lo «en sí» de lo acontecido, que en muchas ocasiones está radicalmente perdido para el sujeto, y del que tan solo quedan marcas desde las cuales podemos, retroactivamente, suponer ese pasado (a decir verdad, el pasado, «en sí mismo», interesa poco al psicoanálisis); por memoria referimos a la escritura, a las marcas mismas del Otro en el sujeto, a la inscripción misma de lo acontecido, que ya se distingue del pasado «en sí», pues entre lo acontecido y su inscripción hacia siempre una hiancia, una disimetría (esta disimetría se pone de relieve en el fantasma o la fantasía, por ejemplo); y por historia referimos a la re-escritura, a la asunción del sujeto de las marcas, incluso al descubrimiento consciente de las mismas, pero sobre todo a la operación que permite restituir un pasado casi siempre perdido, y restituirlo sacándolo de los sentidos enquistados de lo aparentemente acabado de la memoria. Ya aquí se pone en juego una de las dimensiones radicales del análisis: «... que esencialmente, para él [para Freud], el interés, la esencia, el fundamento, la dimensión propia del análisis, es la reintegración por parte del sujeto de su historia hasta sus últimos límites sensibles, es decir, hasta una dimensión que supera ampliamente los límites individuales.»<sup>17</sup>

La lógica del aparato psíquico como una máquina de escritura ya está presente en Freud desde un período temprano de su obra (incluso desde *La interpretación de los sueños*), pero ciertamente se instituye con mayor contundencia en su texto *Notas sobre la pizarra mágica*. Allí lo que se pone en juego es la tentativa de hacer sensible, mediante un artificio—

---

<sup>16</sup> J. Lacan, *El Seminario. Libro I*, p. 27.

<sup>17</sup> *Ibidem.*, p. 26.

la pizarra—, el funcionamiento del aparato psíquico en la medida en que está separado por «localidades» o instancias con operaciones específicas, de distinto orden: por un lado, es un aparato «ilimitadamente receptivo para percepciones siempre nuevas»<sup>18</sup>, pero además tiene la capacidad de «inscribir huellas mnémicas duraderas—aunque no inalterables—»<sup>19</sup>. Donde estamos deteniéndonos más, por el interés de nuestro planteamiento, es en la segunda instancia, que registra, que deja huellas: la hemos llamado la «memoria». «Huellas», palabra que utiliza Freud (al menos así se lo tradujo), se pone en relación con las ya mentadas «marcas», que testimonian de una procedencia. Estas huellas se vuelven surcos, vías de facilitación, caminos ya andados, mediante los cuales el aparato psíquico intenta tramitar los nuevos eventos. Y dado que son vías de facilitación, no son caóticas, tienen una lógica propia, una sintaxis: de ahí que las llamemos una escritura.<sup>20</sup> Estas «facilitaciones»—este entramado simbólico del aparato psíquico—no son ni buenas ni malas, son finalmente consecuencia de la estructura. Lo que sí puede llegar a pasar, por otro lado, es que dichas vías de facilitación devengan en sentidos demasiado enquistados, de modo que se vuelvan prisiones, o que incluso pierdan su eficacia como vías de «facilitación». Jugando con la palabra podríamos decir que dichas «facilitaciones» se vuelven «dificultaciones», arreglos que ya no tramitan, puesto que no permiten la apertura hacia horizontes otros, en la medida en que siguen los surcos «ya conocidos». Esta clase de enquistamiento ocasiona, no pocas veces, el penar del sujeto, e incluso impiden la historización misma, por cuanto que la historización implica ya la apertura de horizontes, en tanto conmoción de lo aparentemente acabado del pasado: en tanto reescritura.

Es en esa medida que encontramos la pertinencia de la historización del pasado del sujeto, en tanto operación analítica. Pues, como ya dijimos, historizar no es un mero revivir, no es un mero recordar. Dice Lacan: «que el sujeto reviva, rememore, en el sentido intuitivo de la palabra, los acontecimientos formadores de su existencia, no es en sí tan importante. Lo que cuenta es lo que reconstruye de ellos. [...] Diré, finalmente, de qué

---

<sup>18</sup> S. Freud, “Notas sobre la «pizarra mágica»”, en *Obras completas. Tomo XIX*, p. 244.

<sup>19</sup> *Idem*.

<sup>20</sup> Es el propio Freud quien lo dice cuando compara metafóricamente el quehacer psicoanalítico con la arqueología. En la página 192 de la *Etiología de la histeria* (1896), tomo III de las Obras Completas, se lee lo siguiente: «Las numerosas inscripciones halladas revelan un alfabeto y una lengua cuyo desciframiento y traducción brindan insospechadas noticias sobre los sucesos de la prehistoria, para guardar memoria de la cual se habían edificado tales monumentos. “¡Saxa loquuntur!”».

se trata: se trata menos de recordar que de reescribir la historia.»<sup>21</sup> Lo que aquí se pone en juego es algo que ciertamente rompe con el sentido común. Pues si leemos atentamente a Lacan, lo que se propone es una concepción de la memoria en la cual los recuerdos no son ni algo fijo ni algo dado, sino algo en constante re-escritura, por lo cual dichas facilitaciones no son más que ilusiones enquistadas, acabadas sólo de forma aparente. Para establecer con mucha mayor contundencia este punto, escuchemos una vez más a Lacan, esta vez en *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, donde da coordenadas esenciales para cuanto nos ocupa en el sentido de la memoria, de la rememoración, de la re-escritura y de la verdad:

Por eso la condición de continuidad en la anamnesis, en la que Freud mide la integridad de la curación, no tiene nada que ver con el mito bergsoniano de una restauración de la duración en que la autenticidad de cada instante sería destruida de no resumir la modulación de todos los instantes antecedentes. Es que no se trata para Freud *ni de memoria biológica*, ni de su mistificación intuicionista, ni de la paramnesia del síntoma, sino de *rememoración*, es decir, de *historia*, que hace descansar sobre el único fiel de las certidumbres de fecha la balanza en la *que las conjeturas sobre el pasado hacen oscilar las promesas del futuro*. Seamos categóricos, no se trata en la anamnesis psicoanalítica de realidad, sino de *verdad*, porque es *el efecto de una palabra plena reordenar las contingencias pasadas dándoles el sentido de las necesidades por venir*, tales como las constituye la poca libertad por medio de la cual el sujeto las hace presentes.<sup>22</sup>

En el párrafo que traemos a colación se ponen en juego varias nociones sumamente importantes, centrales para los planteamientos que procuramos articular. Por un lado, se pone nuevamente de relieve el alejamiento (aunque no anulación, por supuesto) de la dimensión meramente biológica, la cual no interesa al psicoanálisis. De lo que se trata, una vez más, es de un entramado simbólico, de una organización particular de elementos discretos dentro de una estructura: se le pueden llamar recuerdos, «representantes psíquicos», significantes. Por el momento esa distinción no es necesaria, y simplemente la subsumiremos en lo siguiente: un entramado simbólico con una organización particular, es decir, con una sintaxis. En suma: una escritura, que puede reescribirse. Y esto sería historizar.

Por otro lado, y este será un punto delicado, incluso controversial, en lo que a la desaparición forzada respecta: en el psicoanálisis no interesa lo fácticamente acontecido. En primer lugar, porque se considera eso como radicalmente perdido, pues no hay manera de ir

---

<sup>21</sup> J. Lacan, *El Seminario... I*, pp. 28-29.

<sup>22</sup> J. Lacan, “Función y campo...”, en *Escritos I*, pp. 248-249. Las cursivas son nuestras.

a verificarlo. En segundo lugar, porque lo que interesa es la inscripción, las marcas que han quedado, y estas ya no escapan a la dimensión de ficcionalidad propia del aparato psíquico, propia de lo simbólico. Y, en tercer lugar, porque si interesara lo acontecido «en sí», probablemente el psicoanálisis no tendría una eficacia práctica, y esto por cuanto que no habría manera de operar en ello. Sin duda este es un punto escabroso, y ciertamente no tenemos demasiado espacio para elaborarlo. Sólo señalemos que fue el propio Freud quien fue alejándose de una concepción «fáctica» del entramado psíquico de un sujeto, para ir dándole mayor espacio a la «fantasía», que en última instancia no hace sino poner de relieve el carácter inescapablemente ficcional del aparato psíquico (ya incluso la inscripción, la huella, tiene algo de ficcional, pues, como dijimos más arriba, hay una hiancia irreductible entre lo acontecido «en sí» y su inscripción). Dado que tan solo queremos señalarlo, remitiremos al lector a la nota a pie de página que Freud añade en 1924 a un texto escrito en 1896, con motivo de una revisión. El texto es *La etiología de la histeria*, y la nota dice lo siguiente: «Todo esto [está hablando de la elaboración de lo traumático, que no aparece en recuerdos] es correcto, pero debe considerarse que en aquel tiempo yo no me había librado de la sobreestimación de la realidad y el menosprecio por la fantasía.»<sup>23</sup>

De modo que cuando Lacan plantea que no se trata de *realidad*, sino de *verdad*, está siendo netamente freudiano, por cuanto en psicoanálisis no interesa la verdad de lo fáctico de la «realidad», sino la verdad del sujeto, que tiene estructura ficcional, que testimonia de las marcas de un Otro, sí, pero también de su inscripción en una superficie determinada y singular (la suya propia). De modo que, en psicoanálisis, verdad y ficción no se oponen, sino que se entraman: la verdad del sujeto está llena de lo que Freud llamó «falsos enlaces», y lo que más testimonia de esto es la transferencia. Pues en la transferencia psicoanalítica lo que se pone en juego no es un «aquí y ahora» con el analista, sino que el analista se presta, se ofrece, para que, mediante el «falso enlace» que la transferencia implica (puesto que no se trata en el análisis del vínculo del sujeto con el analista, sino del vínculo del sujeto con sus Otros primordiales), acontezcan cuestiones de primera importancia para el sujeto, de las marcas de su pasado. En *La dinámica de la transferencia* (1912), Freud expone lo siguiente:

Si se persigue un complejo patógeno desde su subrogación en lo conciente hasta su raíz en lo inconciente, enseguida se entrará a una región donde la resistencia se hace valer con tanta nitidez que

---

<sup>23</sup> S. Freud, “La etiología de la histeria”, en *Obras completas, Tomo III*, p. 203.

la ocurrencia siguiente no puede menos que dar razón de ella y aparecer como un compromiso entre sus requerimientos y los del trabajo de investigación. En este punto, según lo atestigua la experiencia, sobreviene la transferencia. Si algo del material del complejo (o sea, de su contenido) es apropiado para ser transferido sobre la persona del médico, esta transferencia se produce, da por resultado la ocurrencia inmediata y se anuncia mediante indicios de una resistencia. [...] El mecanismo de la transferencia se averigua, sin duda, reconduciéndolo al apronte de la libido que ha permanecido en posesión de imagos infantiles.<sup>24</sup>

En última instancia, la transferencia, en tanto falso enlace, es ficcional, y sin embargo forma parte de la verdad del sujeto. En realidad, como el propio Freud indica, si bien la transferencia es una «desventaja metódica» del psicoanálisis (por la dificultad que implica operar en ella), es, de ordinario, «la más poderosa palanca de su éxito»<sup>25</sup>, y esto por cuanto que permite que acontezcan cuestiones esenciales del entramado del sujeto: de su verdad.

De modo que, volviendo al planteamiento de Lacan, se trata de conjeturas sobre el pasado que hacen oscilar las promesas de futuro. El lado de la «conjetura» ha quedado articulado por lo que hemos dicho recién a propósito de la oposición, en psicoanálisis, entre realidad y verdad. Realidad, por cuanto que para el psicoanálisis no existe una cosa tal, en la medida en que opera lo ficcional de lo simbólico. Y verdad, por cuanto que ésta tiene estructura de ficción. Y al respecto del «hacer oscilar las promesas de futuro», lo que antes señalábamos, que el recordar se distancia del mero recordar, por cuanto recordar es historizar, e historizar tiene la particularidad no solo de re-escribir un pasado, sino de re-orientar un futuro. En esa medida, de lo que se trata es de abrir nuevos horizontes vitales, de sacar al sujeto de los sentidos enquistados de sus marcas de origen, de resubjetivar lo acontecido. Escuchemos nuevamente a Lacan, y esta vez para añadir una pieza más, esencial a nuestro planteamiento:

[Hablando del caso freudiano del “hombre de los lobos”] Freud exige una objetivación total de la prueba mientras se trata de fechar la escena primitiva, pero supone sin más todas *las resubjetivaciones del acontecimiento* que le parecen necesarias para explicar sus efectos en cada vuelta en que el sujeto se reestructura, es decir, otras tantas reestructuraciones del acontecimiento que se operan, como él lo expresa, *nachträglich*, retroactivamente.<sup>26</sup>

Esta cita, en continuidad con la anterior del mismo escrito de Lacan, pone de relieve una pieza fundamental, hasta ahora implícita, para la articulación de cuanto nos convoca: es

---

<sup>24</sup> S. Freud, “La dinámica de la transferencia”, en *Obras completas. Tomo XII*, pp. 101-102.

<sup>25</sup> *Ibidem.*, p. 99.

<sup>26</sup> J. Lacan, “Función y campo...”, p. 249.

la noción de *Nachträglichkeit*, la temporalidad retroactiva del inconsciente. Esto, una vez más, es un dato de partida, un dato de la estructura, que Freud descubre tempranamente. Pero de este dato de la estructura también se desprende la posibilidad de la historización que venimos elaborando: de lo *nachträglich* del inconsciente se desprende que la eficacia práctica del psicoanálisis sea posible.

Pongamos de relieve, en primer lugar, lo *nachträglich* mismo. Freud se lo encuentra tempranamente, y ya se puede leer incluso desde *La etiología de la histeria* (1896), ya citado. Pues allí lo que se pone en forma es lo que Freud llamó los dos tiempos de la causación del síntoma, que no es otra cosa que lo siguiente: que la eficacia sintomática, es decir, el momento en el que el síntoma se efectúa, en que detona, requiere no solamente una vivencia, sino al menos dos, y esto bajo la siguiente forma: se ha tenido una vivencia, que llamaremos S1, que ha permanecido como recuerdo inconsciente en el sujeto. Después, ante una vivencia segunda, que llamaremos S2, y que se vincula asociativamente con la primera, la vivencia S1 “despierta” de un período de latencia y detona el síntoma. Es decir, que S2 despierta—y resignifica—a S1, y del vínculo de las dos vivencias acontece el síntoma. Freud lo establece del siguiente modo:

Hemos averiguado que *ningún síntoma histérico puede surgir de una vivencia real sola, sino que todas las veces el recuerdo de vivencias anteriores, despertado por vía asociativa, coopera en la causación del síntoma.* [...] Es realmente sorprendente, opino, que unos síntomas histéricos sólo puedan generarse bajo cooperación de unos recuerdos, sobre todo si se considera que estos últimos, según todos los enunciados de los enfermos, no habían entrado en la conciencia en el momento en que el síntoma se presentó por vez primera [de ahí que lo llamemos recuerdo inconsciente] [...] Si se parte de un caso que ofrece varios síntomas, por medio del análisis se llega, a partir de cada síntoma, a una serie de vivencias cuyos recuerdos están *recíprocamente encadenados en la asociación.*<sup>27</sup>

De aquí se desprenden varias cosas. En primer lugar, digamos lateralmente, para enriquecer la parte introductoria del planteamiento, ahora que tenemos más piezas en el tablero, que es patente una vez más que, para el psicoanálisis, detrás del síntoma no hay meramente desórdenes orgánicos o biológicos, sino un entramado complejo de vivencias: «cadenas asociativas» que le hacen de soporte, y cuyo anudamiento (incluso si su modo de anudamiento es que no están anudadas, que la catexia se divorció de su representación), cuya combinatoria, es aquello que produce el síntoma (lo que hay, pues, detrás del síntoma, no es

---

<sup>27</sup> S. Freud, “La etiología de la...”, pp. 196-197. Las cursivas son nuestras.

sino articulación significativa). Del mismo modo, digamos una vez más, que, desde el psicoanálisis, es operando sobre estas cadenas asociativas, para procurarles un modo de anudamiento distinto (incluso por la posibilidad misma de anudarlas), que el síntoma puede ser tramitado.

Pero, al mismo tiempo que para enriquecer aquel planteamiento introductorio, aquí lo que se pone en juego es algo esencial a este punto de la articulación. La noción de *Nachträglichkeit* nos da el marco de funcionamiento—la temporalidad específica, para ser más precisos— de las cadenas asociativas freudianas. Si hemos logrado comprender el mecanismo de funcionamiento de los dos tiempos de la causación del síntoma, podemos extender el planteamiento para sostener que ello no es exclusivo de la causación del síntoma, sino que es algo propio de las «cadenas asociativas» (de inmediato podremos plantearlo, con Lacan, como cadenas significantes) como tal, y esto en la medida en que hay la misma estructura: dada una cadena asociativa cualquiera, el S2 (es decir, el último elemento significativo) puntúa y resignifica toda la cadena que le precede (incluso si es solamente un significante S1, pero también si es otra cadena completa, pues significante refiere tanto al elemento como al conjunto), y le da un sentido. Esta es una lógica que ya puede leerse en el propio Freud: los dos tiempos de causación del síntoma, así como algunas cuestiones referentes a la sexualidad del sujeto y entramado del complejo de Edipo (lo que Freud dio en llamar la «acometida en dos tiempos de la sexualidad»<sup>28</sup>), incluso la estructura misma de la represión y el retorno de lo reprimido, dan cuenta de esta temporalidad diferida, retroactiva, “en dos tiempos”.

Pero es ciertamente con la lectura que hace Lacan de Freud esto adquiere mayor énfasis. El hecho es que, por la estructura lenguajera del inconsciente, las cadenas asociativas (significantes) que componen su materialidad, tienen una gramática y una sintáctica tal que el último elemento significativo precipita el sentido de la cadena que le precede (se necesitan al menos dos elementos discretos)<sup>29</sup>. Esto se puede entender incluso con el siguiente ejemplo: si digo “la planta”, ciertamente no precipita un sentido. Mas si digo “la planta nuclear” (donde “nuclear” es el S2), entonces el sentido precipita de un modo particular. Y si digo “la planta del pie” el sentido precipita en otro sentido distinto. De modo que, como se dijo, es el último

---

<sup>28</sup> Cfr. S. Freud, “Tres ensayos de teoría sexual”, en *Obras completas*, Tomo VII, pp. 109-222.

<sup>29</sup> Para seguir este planteamiento con detalle, véase J. Lacan, “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos I*, pp. 461-495.

elemento significante el que precipita el sentido, y esto incluso si el último elemento significante es un signo de puntuación, una escansión o un silencio. Por ejemplo: si digo “Amigo mío, así no vale la pena vivir”, la frase precipita su sentido en una dirección. Si hago una escansión en algún elemento de la frase, por ejemplo, la siguiente: “Amigo mío, así no vale”, el sentido cambia por completo; y si hago una tercera escansión y digo “Amigo mío, así no”, el sentido vuelva a cambiar una vez más. Así, el S2, último elemento significante, resignifica *retroactivamente* la cadena que le precede. Lacan dice, en el Seminario 8, lo siguiente: «En efecto, si el *nachträglich* significa algo es que el sentido se desprende en el instante en que la frase se termina. [...] El sentido sólo se capta cuando los significantes sucesivamente amontonados han ocupado su lugar, cada uno en su momento, y se despliegan en forma invertida.»<sup>30</sup>

Es lo mismo que sucede en la causación del síntoma: ante una vivencia S1, que había permanecido olvidada, aunque latente, es necesaria una vivencia S2 que la precipite—resignificándola—en el sentido del síntoma. Esto opera para los clásicos ejemplos freudianos muy claramente, que están referidos a vivencias sexuales tempranas, por cuanto las vivencias sexuales tempranas, cuando son vividas—en la niñez, por ejemplo— pueden no precipitar, por sí mismas, sentido alguno, pues a veces no son siquiera comprendidas. Mas cuando acontece la pubertad, que implica no solamente un nuevo despertar pulsional, sino una mayor comprensión de la sexualidad misma, no es extraño que entonces ahí el recuerdo inconsciente vivido tempranamente se resignifique a la luz de esta nueva comprensión ampliada (con la colaboración, además, del «segundo despertar» pulsional), y entonces devenga traumático o se haga síntoma.

Y si hemos comprendido el planteamiento de la estructura misma del significante, entonces podremos entrever que en ella se justifica la eficacia práctica del psicoanálisis. Pues, en última instancia, quizá el psicoanálisis no encuentre su labor sino en la puntuación del discurso del sujeto, y esto no para añadir sentido a su discurso (no es tarea del psicoanalista ofertar sus propios sentidos al analizante), sino para conmover los sentidos enquistados, para ponerlos en entredicho, para que una re-escritura *après-coup*, retroactiva, se haga posible. En sentido estricto, si desprendemos las consecuencias de lo anterior—puntualmente que el sentido de la frase sólo precipita cuando ésta se *termina*—, el psicoanálisis se revela ya de

---

<sup>30</sup> J. Lacan, *El Seminario. Libro 8: “La transferencia”*, p. 275.

entrada como una apuesta por la apertura del discurso del sujeto, en el sentido de que no permite que se cierre, que se clausure, que se termine por completo. Si del análisis pueden desprenderse nuevos sentidos es porque la frase—el discurso— no está cerrada, no ha dado la «última palabra», cosa que incluso la puntuación del analista hace sensible: esto es la potencia de lo *après-coup*, de lo *nachträglich*. Y es que la historización misma no puede ocurrir sino *nachträglich*, puesto que, como ya se apuntó, no se trata del pasado en sí, sino del pasado historizado en el presente que, *retroactivamente*, lo resignifica, lo hace oscilar, le procura horizontes nuevos, incluso lo transforma, lo reescribe.

Y la reescritura puede ocurrir a veces sutilmente: con puntuar uno de sus elementos, o acaso escandiendo en uno de sus intersticios, se puede reescribir un discurso. Escuchemos una vez más a Lacan, que elabora en este sentido:

Por eso el psicoanalista sabe mejor que nadie que la cuestión en él es entender a qué “parte” significativa de ese discurso está confiado el término significativo, y es así en efecto como opera en el mejor de los casos: tomando el relato de una historia cotidiana por un apólogo que a buen entendedor pocas palabras, una larga prosopopeya por una interjección directa, o al contrario un simple lapsus por una declaración hartamente compleja, y aun el suspiro de un silencio por todo el desarrollo lírico al que suple.

Así, es una *puntuación* afortunada la que le da su sentido al discurso del sujeto. Por eso la suspensión de la sesión de la que la técnica actual hace un alto puramente cronométrico, y como tal indiferente a la trama del discurso, desempeña un papel de *escansión* que tiene todo el valor de una intervención para precipitar los momentos concluyentes. Y esto indica liberar a ese término de su marco rutinario para someterlo a todas las finalidades útiles de la técnica.<sup>31</sup>

Hemos traído a colación este extracto para poner de relieve lo anterior: que el psicoanalista, mediante una operación de lectura, interviene escandiendo el discurso del sujeto, puntuándolo, para que el sujeto mismo pueda escucharlo, y para que pueda escucharlo desde un lugar distinto del que siempre lo escuchó (mas no hay que olvidar: el discurso sigue siendo el del sujeto, el del analizante. El analista se presta para hacer resonar el discurso del sujeto desde sus intersticios; el analista, en última instancia, facilita que el sujeto pueda realmente poner ante sí el peso de su propia palabra, con todas las consecuencias que ello acarrea, pero todo ello el analista debe hacerlo sin meter nada de su propia subjetividad, de su propia fantasmática).

Es, pues, en la medida en que se descifra la lógica del significante (en la medida en que se advierte que los significantes, en su anudamiento, precipitan su sentido,

---

<sup>31</sup> J. Lacan, “Función y campo...”, p. 245.

retroactivamente, en función del elemento que los puntúa como elemento final), que Lacan encuentra uno de los modos propios no sólo de lectura, sino también de operación, para el psicoanálisis, y es en esa misma medida que encuentra aquel «margen de libertad» que le permite alguna eficacia (dicho «margen de libertad» se juega—sin agotarse en ello— en el sentido de la equivocidad significativa: que el sentido pueda precipitarse en distintas direcciones: que, por estructura, no sea monolítico, unívoco). Es, finalmente, en la medida en que la historización propiciada por el análisis posibilita el encuentro del sujeto con la verdad que lo habita, que el psicoanálisis encuentra una de sus justificaciones terapéuticas. Se trata, en suma, de una re-escritura *retroactiva* de las marcas de origen del sujeto, allí donde su particular modo de anudamiento empieza a fallar, o donde su modo de anudamiento implica un penar-de-más. A modo de conclusión de este apartado, para cerrar con alguna precisión y contundencia—al menos a eso aspiramos—escuchemos en este punto a Oscar Quiroga, un destacado analista de orientación lacaniana:

La práctica psicoanalítica apunta a esa palabra, el elemento significativo que constituye la materialidad de la que el sujeto se sostiene, punto éste donde la función de la palabra hace nudo con la verdad del sujeto. Si el campo de la verdad se instituyó es porque la palabra ha tomado lugar en el Otro[...] Esto fue desplegado por Lacan en su escrito *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. Allí, lo que llamamos un nudo entre palabra y verdad, caracteriza la historia del sujeto, le da su dimensión de ficción, su carácter fantasmático. [...] En este punto la temporalidad propia del inconsciente se separa de cualquier perspectiva cronológica y precisamente esto lo lleva a Lacan a interrogar el estatuto del acto de recordar. Dado que no se trata de linealidad temporal, la historia no puede reducirse al pasado. El término que introduce Lacan es el de “restitución”, es la actualización transferencial de los significantes de la historia del sujeto, en la medida en que la historia es uno de los nombres del Otro.

Esta perspectiva retoma algunos de los desarrollos de Freud tanto en *Construcciones en psicoanálisis* como en *Análisis terminable e interminable* respecto de interrogar cómo se determina la verdad histórica del sujeto. Ya en el historial del Hombre de los Lobos estuvo contemplada esta problemática. En la medida en que el recuerdo no puede cubrir todo el campo de la experiencia analítica, el recurso con el que se deslinda una determinada cuestión de la historia subjetiva es la convicción que el sujeto tenga sobre eso, el modo en que quede concernido allí. Será ese convencimiento subjetivo el pilar que permite, allí donde falta el recuerdo, dar el valor justo al material significativo en cuestión. Esta visión nos permite afirmar que se trata más de reconstrucción que de recuerdo: se trata menos de recordar que de reescribir la historia.<sup>32</sup>

Retengamos este párrafo: será esencial para la articulación que pretendemos entre psicoanálisis y desaparición forzada. Lo que se ha puesto de relieve, finalmente, no es otra

---

<sup>32</sup> O. Quiroga, “Función de la palabra y temporalidad subjetiva”, en *El nombre propio y la nominación. Un recorrido genealógico*, pp. 41-42.

cosa que la clínica del «llenado de las lagunas de recuerdo», tan cara a Freud, y en la que medía sus propios éxitos terapéuticos, pues historizar es vincular, es generar una ligazón allí donde hay lo que Freud llamó la represión [secundaria]: «No se considera terminado el análisis si no se han esclarecido las oscuridades del caso, llenado las lagunas del recuerdo, y descubierto las oportunidades en que se produjeron las represiones.»<sup>33</sup> Y las lagunas del recuerdo no serían otra cosa que aquellos capítulos de mi historia que están «marcados por un blanco u ocupados por un embuste»<sup>34</sup>: los capítulos censurados. «Pero la verdad puede volverse a encontrar, lo más a menudo ya está escrita en otra parte.»<sup>35</sup>

De lo que se trata, en última instancia, es de la reescritura de aquellos capítulos censurados, de modo que puedan ser ligados a nuestra propia historia. Se trata de la reescritura, de la incorporación, de aquella parte del discurso concreto, en cuanto transindividual, «que falta a la disposición del sujeto para reestablecer la continuidad de su discurso consciente». <sup>36</sup> Reescritura que, sin embargo, va a dar con un límite, al que referiremos a continuación. Por el momento solo digamos: lo que está en juego es del orden de un saber-hacer con el agujero que nos habita: de la reescritura alrededor de ese agujero, de modo que se ligue lo no-ligado que es ligable. Y no porque el agujero pueda eliminarse por completo (declaramos desde ya), no porque todo pueda ligarse, sino porque hay que ligar en la medida de lo posible, alrededor de eso no-ligado ha de ponerse una suplencia, un entramado simbólico que lo ataje, algo que no nos deje a merced del puro horror ante lo no-ligado. La historización y la construcción serían recursos de esta índole, entramado simbólicos que apuntan en esa dirección.

Llegados a este punto, para aclarar el límite de la historización, hemos de aclarar una cosa: tanto Freud como Lacan tienen en su obra momentos de «optimismo», en los cuales hay una esperanza de poder tramitarlo *todo* por lo simbólico, por la palabra. En Lacan esto no es sino el período que va desde el inicio de su enseñanza pública (1953), en la que impera la primacía de lo simbólico y la confianza en la palabra, hasta, quizás, el seminario 7 (1959-1960), donde se ponen en juego las paradojas del goce (de la pulsión). En el caso de Freud,

---

<sup>33</sup> S. Freud, “Conferencias de Introducción al Psicoanálisis. Parte III (1916-1917)”, en *Obras completas*. Tomo XVI, p. 412.

<sup>34</sup> J. Lacan, “Función y campo...”, p. 251.

<sup>35</sup> *Idem*.

<sup>36</sup> *Idem*.

es el período anterior a *Más allá del principio del placer* (1920), pues en este texto mentado es donde acontece una torsión: el principio rector del aparato psíquico se pone en entredicho. Nosotros, por cuestiones de extensión, no podemos abarcar todo lo que se pone en juego en esas «segundas partes» mentadas, mas, por lo que nos ocupa, tenemos que echar mano de algunas cuestiones de ellas, por cuanto lo que nos interesa es tocar lo traumático: lo no-ligable.

Intentemos aclarar, al menos mínimamente, la cuestión: en primer lugar, hay de lo no-ligado que es ligable, hay de la represión [secundaria] que puede «vencerse» mediante el «llenado de las lagunas del recuerdo»<sup>37</sup>. El trabajo de historización apunta a eso no-ligado, pero que es ligable. Y una parte sumamente importante del trabajo analítico se dirige hacia allí. Esta ligazón que se ha elaborado alrededor de los capítulos censurados de la propia historia es de primera importancia, y en absoluto es poca cosa: todo lo contrario, el análisis ha de pasar, ciertamente, por ahí, y ello ya implica un gran progreso. Pero el análisis también ha dado cuenta, en su historia, de aquello traumático que tiene un resto de no-ligable en su seno, de aquello que, en términos de Lacan, no cesa de no escribirse, lo que no es tramitable por lo simbólico. Lacan dirá, en el Seminario 11, lo siguiente: «estando el sujeto en su lugar, la rememoración de la biografía es algo que anda, pero solo hasta cierto límite: lo real.»<sup>38</sup>

De modo que, si bien el planteamiento que aquí se propone va en el sentido de poner en juego la historización de la existencia de un sujeto, que implica una reescritura de sus marcas de origen, queremos también poner de relieve que no todo entra en esa historización. O, mejor: que dentro de la historización no logra tramitarse todo, que ante lo traumático (lo real en sentido lacaniano, que más adelante se tratará con mayor detenimiento) hay algo que no termina de ser tramitado por la palabra. Esto que no termina de ser tramitado por la palabra tendrá un desarrollo grávido de consecuencias en la obra tardía de Lacan, pero no podemos tomar esas referencias, pues rebasaría el presente trabajo no solo en su extensión, sino también en su planteamiento.

De modo que nuestro planteamiento no cambia, solo señala sus límites. Con todas las piezas que hemos reunido hasta ahora, la propuesta es una puesta en marcha de la historización de la historia del sujeto, de modo que se llenen las lagunas del recuerdo—que

---

<sup>37</sup> S. Freud, “Recordar, repetir, reelaborar”, p. 50.

<sup>38</sup> J. Lacan, *El Seminario. Libro XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, p. 57.

se ligue lo no-ligado, que es ligable, y que por no estar ligado ocasiona un penar, sintomatiza—, de modo que la manipulación del entramado significante mismo reescriba sus marcas produciendo una apertura de los horizontes futuros del sujeto en una dirección que le sea más vital, menos enquistada, menos costosa. Pero este trabajo de historización, aunque imprescindible, también da con sus propios límites, pues advertimos que hay de lo traumático que no es tramitable por lo simbólico. De todos modos, la propuesta es que esta historización de las marcas del sujeto implica ya una suplencia—al menos en alguna medida, quizá aún insuficiente—alrededor de eso traumático, de modo que no quede como puro agujero en lo simbólico, sino que quede tramitado, al menos en la medida de lo posible, y esto no es poco. Lo que queremos resaltar con esto último es de lo incurable del análisis, pues es sano no caer en vanos optimismos o en falsas esperanzas: si bien es posible la tramitación, y si bien ella produce ya efectos vitales de rectificación subjetiva, la tramitación simbólica no lo alcanza todo. Nosotros, por cuestiones de extensión, nos quedamos en la historización como tramitación simbólica, y no podemos ir más lejos. Lacan, sin embargo, sí plantea modos de incidencia sobre lo real (en el sentido lacaniano del término), pero dado que ello ya involucra al cuerpo y a la pulsión, creemos que el arco hermenéutico entre esto y la desaparición forzada no se lograría (al menos no con una extensión tan estrecha).

De modo que es tomando apenas un sesgo de lo traumático, y cabalgando entre la tramitación simbólica y sus límites, que podemos empezar a transitar hacia la segunda parte del presente trabajo: la elaboración de lo no-simbolizado de la desaparición forzada, desde la perspectiva psicoanalítica. Para hacer esto, primero haremos unas aclaraciones previas, aclaraciones que tendrán la tarea de situar los alcances, pero también las limitaciones, de la perspectiva psicoanalítica para pensar la cuestión que nos ocupa. Tras haber propuesto el arco hermenéutico entre el psicoanálisis y la desaparición forzada, partiremos a la justificación del Memorial de Víctimas. Y tras haber hecho esto, llegaremos a la conclusión de la investigación, en la que pondremos sobre la mesa en qué medida los conceptos utilizados fueron pertinentes a la cuestión.

### 3. Desaparición forzada y psicoanálisis: alcances y limitaciones.

Hemos abandonado la parte que corresponde al psicoanálisis en su «pureza» (si es que una cosa tal existe). En esa medida, y para lo que viene a continuación, ha de declararse de antemano: lo que sigue rebasa los marcos propios del psicoanálisis, si lo reducimos—o si lo circunscribimos únicamente—a un campo de saber, a un conjunto de conceptos, que hace de sostén a una práctica clínica delimitada, que se compromete con el penar del sujeto en la medida en que vive en la cultura, en el lenguaje, es decir, en la medida de su falta-en-ser. Partamos de esta cita de Guadalupe Trejo, psicoanalista mexicana que ha reflexionado en torno a la recepción del psicoanálisis freudiano y lacaniano en nuestro país. La cita a continuación servirá de telón de fondo, de marco y de orientación para lo que plantaremos (incluso señalará sus límites y sus bordes):

El problema que planteo es que el psicoanálisis puede utilizarse como herramienta para el análisis político, filosófico, sociológico y literario, teniendo un enorme valor para reflexionar problemáticas específicas [...]. El psicoanálisis puede tener esta función en términos discursivos, pero el psicoanálisis—para los psicoanalistas—fue definida por su fundador como una práctica clínica, por un quehacer que opera sobre el inconsciente para mitigar el sufrimiento que ocasiona la neurosis en el marco de una transferencia. [...] El psicoanálisis que recibimos en esta ciudad [de México] entre los años 1970 y 1985, de la mano de la psicología académica, de la psicología social, del freudomarxismo, los grupos operativos y el análisis institucional como marco introductorio en boca de [Armando] Suárez, [Néstor] Braunstein y [Silvia] Bleichmar, tildó un acento del que incluso ahora no podemos prescindir. Desde cualquiera de estas perspectivas, el psicoanálisis es definido como una teoría que ofrece herramientas para pensar un discurso o una práctica social. Ello tiene un valor indiscutible, pero esto también pertenece a un orden pragmático completamente distinto del que implica una práctica clínica.<sup>39</sup>

Hemos decidido poner de relieve las líneas anteriores por dos razones: en primer lugar, como gesto metodológico y de honestidad intelectual, queremos poner de relieve desde ya las dos dimensiones que hasta ahora hemos tocado: el psicoanálisis como discurso y el psicoanálisis como práctica clínica. Nos parece que hacer la distinción no solo está justificado, sino que se revela como necesario, puesto que una misma noción puede implicar dos conceptos distintos dependiendo de dónde se la inscriba (es decir, si dentro del ámbito del psicoanálisis como discurso o si en el ámbito del psicoanálisis como práctica clínica). Ciertamente que hay puntos de contacto, de coincidencia, entre un ámbito y otro, pero también es verdad que hay divergencias, y ello por cuanto que dependiendo del ámbito juego se esbozarán distintos horizontes, distintos lugares de enunciación, incluso distintas

---

<sup>39</sup> G. Trejo, “De legos a autores, sus lectores y sus consecuencias en la transmisión del psicoanálisis en México”, en *Freud y Lacan. El revés de una recepción*, pp. 180-181.

direccionales. Nos parece sumamente importante interrogar un concepto desde el horizonte específico en el que opera, desde el lugar que parte y hacia el que pretende dirigirse, pues de tal modo al concepto no puede exigírsele ni más ni menos que aquello que en sí mismo pretende. Es por ello que hemos optado por indicar con claridad, y de antemano, el horizonte en el cual los conceptos van a operar: por prolijidad conceptual y metodológica.

La segunda razón por la cual quisimos citar las líneas es para poner de relieve que en nuestro país ha habido, por momentos (esa es al menos la postura de Guadalupe Trejo), una confusión, un pegoteo, entre ambas instancias, lo cual ha terminado más por empobrecer los conceptos que por ampliarlos. Es decir, que no está en absoluto prohibido tomar un concepto y hacerlo diferir (es decir, hacerlo devenir otro, inscribirlo en otro horizonte); de hecho, esto es algo que debería alentarse, pero sí valdría la pena hacerlo con algún rigor, al menos con el rigor del señalamiento, al menos con algún cuidado conceptual, y esto para que los conceptos no se desdibujen y pierdan su peso específico.

Es en la medida de lo anterior que declaramos la siguiente pretensión: en primer lugar, que para la cuestión que nos ocupa (la desaparición forzada), por momentos será necesario sacar un concepto de su horizonte específico, para hacerlo entrar en otro, y esto por cuanto que utilizaremos el psicoanálisis en su sesgo discursivo, desde el cual pueden pensarse problemáticas de otra índole que las de la clínica. De ese modo, optaremos por utilizar el marco teórico que nos ha dado el psicoanálisis, y que articulamos en el capítulo titulado *Memoria e historia: escritura y reescritura retroactiva de las marcas del sujeto*, mas indicando con qué sesgo específico, bajo qué torsiones, para pensar lo que nos convoca.

En orden a establecer los sesgos, hemos decidido retomar la argumentación del mentado capítulo por su parte final: a través de la noción de *trauma*. Para hacerlo nos serviremos de ese texto monumental de Freud, que significó un parteaguas en su obra: *Más allá del principio del placer* (1920). En el texto mentado, Freud pone en entredicho el principio rector del aparato psíquico, el eje central de sus articulaciones precedentes: el principio del placer. El planteamiento de Freud, ya desde 1895 en el *Proyecto de una psicología para neurólogos*, era el siguiente: el aparato psíquico era un aparato que recibía excitaciones, y que, ligando, tramitando esas excitaciones (para hacerlo contaba con la *protección antiestímulo*, entre otras herramientas), se proponía descargarlas, teniendo como objetivo el principio de constancia o de homeostasis. Es decir, que el aparato anímico se

afanaba por mantener lo más baja posible, o al menos constante, la cantidad de excitación presente en él.<sup>40</sup> Esto ocurría sobre la base del principio del placer, ya que ante un aumento de tensión o de excitación en el aparato, se sentía un aumento de displacer, y el placer coincidía con la descarga, es decir, con la eliminación de los excedentes de tensión<sup>41</sup>: a esto tendía «naturalmente» el aparato, según el planteamiento inicial de Freud. Durante 25 años este planteamiento de Freud se mantuvo en pie, e incluso fue la base de su «primera clínica», en la medida en que, como dijimos, la palabra, trabajada en el dispositivo analítico, era una vía de tramitación, de ligazón, para lo que el aparato no había podido ligar por sí mismo, y que, en ese amordazamiento, sintomatizaba: para esto valía la interpretación como operación analítica. Mas 25 años después, a pesar de gozar ya de reconocimiento internacional y de estar consolidado, Freud puso en entredicho todo lo que había construido hasta entonces (hay que pensar qué coraje, qué valentía, se requiere para hacer algo así). Y si lo puso en entredicho fue por material clínico que tuvo ante sí, las llamadas *neurosis traumáticas*, que parecían ya no responder al principio del placer, pues eran presentaciones clínicas que no solamente volvían constantemente ante el momento traumático, al cual estaban fijadas (lo que ciertamente ponía en jaque que el aparato psíquico operara según el principio del placer), sino que además el trauma como tal no entraba en el recuerdo, de modo que tampoco entraba en la palabra: no era posible su ligazón. Y en esa medida, era esa «energía libremente móvil», no-ligada, la que causaba constantemente displacer, lo que trastocaba el principio del placer, y la que hacía de impedimento a la clínica de la interpretación analítica. Es para todo esto que tuvieron que plantearse distintas operaciones analíticas: para intervenir en torno de lo que esto se ponía en juego, ahí donde la *interpretación* se volvió insuficiente. En el caso freudiano una de estas nuevas herramientas operativas fue la *construcción*, que es una reelaboración de aquello que no entra del todo al recuerdo, de aquello que es reactivo a la palabra.

Es decir, que hay una solidaridad conceptual entre lo no-ligable que el Más Allá del Principio del Placer pone en juego, la insuficiencia de la palabra (y, por ende, del recuerdo) para dar cuenta del padecimiento del sujeto, y la necesidad de recursos clínicos distintos: pues la interpretación como operación analítica «valía» para las formaciones de lo

---

<sup>40</sup> Cfr. S. Freud, “Más allá del principio del placer”, en *Obras completas. Tomo XVIII*, pp. 8-9.

<sup>41</sup> Cfr. *Idem*.

inconsciente, para lo reprimido y su retorno en el discurso, pero aquí ya se trataría de otra cosa: hay de la incompletud de lo simbólico, de lo que no alcanza la palabra, de lo real que entra a tallar: ¿qué hacer con ello?

Ya el propio Freud señaló en *Construcciones en psicoanálisis (1937)* esta distinción, este otro modo del proceder analítico, que se contrapone a la interpretación, y que se dirige a lo que él llamo esa «*prehistoria olvidada*»<sup>42</sup> (esta noción de “prehistoria”, nosotros la leemos en el sentido, precisamente, del intento de deslindar algo que no entra en lo simbólico, pues la historia, qué duda cabe, es uno de los rostros del Otro como lugar del significante). Lo cierto, como el mismo Freud destacó, es que “la” pieza de prehistoria olvidada en sí misma no acontece, y que la construcción se propone «en lugar de ello»<sup>43</sup>, como una conjetura a su alrededor, donde lo indispensable es *la convicción que la verdad de este artificio procura para el sujeto*, «que en lo terapéutico rinde lo mismo que el recuerdo recuperado»<sup>44</sup>. Ahora bien, es cierto, y hemos de señalar, que Freud no deslinda esto en el sentido del real lacaniano, no lo formaliza en el sentido en que nosotros plantearemos más adelante (es decir, como imposible, en sentido lógico, a lo simbólico): que, en última instancia, hay, estructuralmente, algo del sujeto que es no-simbolizable, que no entrará en el recuerdo, y que sin embargo tiene efectos (esto cobrará relevancia en Lacan para pensar, por ejemplo, el objeto a y su estatuto).

Mas el hecho de que no esté deslindado formalmente no quiere decir que estas cuestiones estén ausentes en su obra. Pues no solo en el texto recién mentado esto entra a tallar—donde si ya se habla de un artificio que se propone “en lugar de” el recuerdo buscado, ello ya implica, necesariamente, que el acceso al recuerdo como tal está atravesado por un impasse del aparato, es decir, por un obstáculo no contingente—: fue también en *Pegan a un niño (1919)*—texto cercano no solo cronológica, sino conceptualmente al *Más allá del principio del placer*— que esto se puso en juego. El segundo momento de la constitución de la fantasía allí trabajada por Freud «es, de todas, *la más importante y grávida de consecuencias; pero en cierto sentido puede decirse de ella que nunca ha tenido una existencia real. En ningún caso será recordada, nunca ha llegado a devenir-conciente. Se trata de una construcción del análisis, mas no por eso es menos necesaria.*»<sup>45</sup> Lo que

---

<sup>42</sup> Cfr. S. Freud, “Construcciones en psicoanálisis”, p. 262.

<sup>43</sup> S. Freud, “Construcciones en psicoanálisis”, p. 268.

<sup>44</sup> *Ibidem.*, p. 267.

<sup>45</sup> S. Freud, “Pegan a un niño”, p. 183. Las cursivas son nuestras.

nosotros leemos en el *no tener existencia real* es precisamente aquello no-simbolizado, y que por tanto no entrará en el recuerdo, que sin embargo ha dejado marcas y que produce efectos: eso es sostenido por el propio Freud. Y Lacan tomará precisamente esta referencia para construir lo que llamará el fantasma fundamental: aquello que funciona (aunque ciertamente de modo imperfecto) como una tramitación simbólica, ficcional, que hace de velo ante lo real, ante el agujero, y que, si bien sostiene la realidad sexual del inconsciente del sujeto— en donde leemos su importancia—, no por ello ocurrió fácticamente. De modo que la construcción que pone en forma un análisis sería, aunque sin ser equivalente, algo similar: un entramado simbólico para deslindar algo de orden heterogéneo que tiene efectos en la constitución del sujeto, algo del orden de lo pulsional que no cesa de no escribirse.

Una referencia freudiana más para hablar de lo no-ligable que el *Más allá del principio del placer* puso sobre la mesa es la que se pone en juego en *El yo y el ello* (1923), donde entrará tallar la pulsión en una radicalidad particular. Allí, Freud amplía su noción de inconsciente, sosteniendo que «lo inconsciente ya no coincide con lo reprimido».<sup>46</sup> Es decir, que, si bien todo lo reprimido es inconsciente, no todo lo inconsciente es reprimido, puesto que todo lo reprimido [secundariamente] pasa a un estado de latencia, susceptible de devenir consciente mediante el trabajo de ligazón analítica, pero también hay de lo que radicalmente no entrará en la consciencia. En el primer capítulo del mentado texto, Freud indica: «Tenemos averiguado que existen procesos anímicos o representaciones muy intensos—aquí entra en cuenta por primera vez un factor cuantitativo, y por tanto, *económico*—que, como cualesquiera otras representaciones, pueden tener plenas consecuencias para la vida anímica (incluso consecuencias que a su vez pueden devenir conscientes en calidad de representaciones), *solo que ellos mismos no devienen conscientes.*»<sup>47</sup>

Podemos establecer que lo ligable lo es en la medida en que pasa a la consciencia, y por lo tanto a la palabra, de modo que aquello incapaz de devenir consciente será no-ligable. Incluso, como el propio Freud dice, solo se lo podrá ubicar (e incluso, y no pocas veces, *sufrir*), por sus *consecuencias*, por sus *efectos*, pero lo económico “en sí” que se pone aquí en juego, “ello” mismo nos es inaccesible, y por tanto no-ligable (es decir: quedan restos pulsionales imposibles de ligar, como dirá en *Análisis terminable e interminable* –1937–).

---

<sup>46</sup>«Discernimos que lo *Icc* no coincide con lo reprimido; sigue siendo correcto que todo lo reprimido es inconsciente, pero no todo *Icc* es, por serlo, reprimido.» S. Freud, “El yo y el ello”, p. 19.

<sup>47</sup> *Ibidem.*, p. 16.

Que en lo económico de la pulsión hay algo radicalmente imposible de asir y de simbolizar es algo que el propio Freud había puesto en juego—aunque claro, no con estas palabras, ni deslindándolo formalmente como imposible lógico, y tampoco será ese el momento en que le dará un estatuto señalado en la clínica, como sí ocurrirá tras la cesura de 1920— en su texto de 1915 a propósito de *Las pulsiones y sus destinos*, donde dice:

Opino, en verdad, que la oposición entre consciente e inconsciente carece de toda pertinencia respecto de la pulsión. *Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia*; sólo puede serlo la representación que es su representante [con Lacan podríamos decir: el significante que se le adhiere]. Ahora bien, tampoco en el interior de lo inconsciente puede estar representada si no es por la representación. Si la pulsión no se adhiriera a una representación ni saliera a la luz como un estado afectivo, nada podríamos saber de ella. Entonces, cada vez que pese a eso hablamos de una moción pulsional inconsciente o de una moción pulsional reprimida, no es sino por un ofensivo descuido de la expresión. No podemos aludir sino a una moción pulsional cuya agencia representante-representación es inconsciente.<sup>48</sup>

De aquí se desprenden varias cosas de suma importancia para deslindar lo no-ligable. En primer lugar, podemos decir, incluso insistir en una cuestión: Freud, sin lugar a dudas, «chocó» con lo no-ligable, con lo imposible concernido en la clínica psicoanalítica. Lo que no hizo, y que correspondió a uno de sus sucesores hacer—Lacan—, es formalizarlo, deslindarlo lógico y conceptualmente, en el sentido de darle un estatuto que no deje lugar a dudas: lo imposible aquí concernido es un imposible lógico, dirá Lacan, un impasse de la estructura. De todos modos, es del propio Freud que Lacan puede leerlo, ubicarlo. En las líneas aquí citadas de Freud esto se pone en juego: en lo que a la pulsión respecta, de ello “nada sabemos” sino por su adherencia a lo simbólico, al significante (*Vorsetellungsrepräsentanz*). El hecho de que el propio Freud señale que *una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia*, sino solo su “representación” (que sin duda no alcanza a representar “todo”), indica ya que hay algo radicalmente irrepresentable en el seno de la pulsión. Lo cual quiere decir, aunque en otras palabras, que de la operatoria simbólica sobre las pulsiones hay algo que no se simboliza, y que por lo tanto no podrá “ligarse”, pues no devendrá consciente jamás: aquí lo radicalmente no-ligable.

Lo que es cierto, por otro lado, es que, en aquel texto de 1915, Freud no había sacado aún las consecuencias clínicas de lo no-simbolizable de la pulsión. Será, más bien, a partir de la cesura de 1920 que pone en juego el *Más allá del principio del placer* que esto adquirirá

---

<sup>48</sup> S. Freud, “Pulsiones y destinos de pulsión”, p. 173. Las cursivas son nuestras.

un estatuto más señalado. Será cuando el *Ello* entre en juego conceptualmente: el *Ello*<sup>49</sup> será aquella instancia que da cuenta del reservorio pulsional del sujeto, que es mudo, insusceptible de palabra y de simbolización, que no pasa al pre-consciente (que atañe a la representación-palabra), que es, en cierta medida, «ingobernable». <sup>50</sup> Freud declara que hay de lo inconsciente que no pasará por la consciencia, de modo que tampoco pasará por la palabra (es decir: hay de lo inconsciente que no pasará ni siquiera al pre-consciente, que atañe a la vinculación con la representación-palabra). Es precisamente por eso que se verá obligado a reconocer que el modo de tratamiento que atañe a esta porción del inconsciente no-reprimido ya no se tramitará mediante «el restablecimiento de los eslabones intermedios preconscientes»<sup>51</sup>, como él mismo señala. Y es en esa medida que, a partir de aquí, dirá que se trata, más que de «ligazón», de un «vasallaje», de un cierto saber hacer en relación a lo ingobernable de la pulsión. Freud hablará de un “domeñamiento” de la pulsión, de una «conquista sobre el ello»<sup>52</sup>: no me adscribo a este modo de entenderlo. Más bien, tomo de Freud la distinción neta entre lo inconsciente capaz de advenir al pre-consciente y a la palabra—que nosotros deslindamos como lo simbólico del inconsciente, ligable—y lo incapaz de advenir a la consciencia, el resto pulsional irrepresentable, que nosotros deslindamos como lo real del inconsciente: lo que no cesa de no escribirse, lo no-ligable, lo que agujerea lo simbólico, que concierne a la pulsión.

Será, una vez más, en *Análisis terminable e interminable* (1937) donde Freud volverá a tratar de este hueso duro de roer en el análisis, dándole ya el delicado lugar que tiene en la clínica, que implica la pulsión que lo simbólico no termina de inscribir, que es indomeñable, y que se hace patente mediante «restos libidinales»<sup>53</sup> (restos que nosotros ya enfatizábamos incluso a propósito de ese texto de 1915, recién citado). Y no extraña que sea en este contexto

---

<sup>49</sup> «Llamamos *ello* a la más antigua de estas provincias o instancias psíquicas: su contenido es todo lo heredado, lo que se trae con el nacimiento, lo establecido constitucionalmente; en especial, entonces, las *pulsiones* que provienen de la organización corporal, que aquí [en el ello] encuentran una primera expresión psíquica, cuyas formas son desconocidas para nosotros.» S. Freud, “Esquema del psicoanálisis”, p. 143.

<sup>50</sup> «Ahora, creo, nos deparará una gran ventaja seguir la sugerencia de un autor quien, por motivos personales, en vano protesta que no tiene nada que ver con la ciencia estricta. Me refiero a Georg Groddeck, quien insiste, una y otra vez, en que lo que llamamos nuestro “yo” se comporta en la vida de manera esencialmente pasiva, y —según su expresión— somos «vivididos» por poderes ignotos, ingobernables. [...] Propongo dar razón a esto llamando «yo» a la esencia que pasa del sistema P y que es primero prcc, y «ello», en cambio, a lo otro psíquico en que aquel se continúa y que se comporta como icc.» S. Freud, “El yo y el ello”, p. 25.

<sup>51</sup> S. Freud, “El yo y el ello”, p. 23.

<sup>52</sup> S. Freud, “El yo y el ello”, p. 56.

<sup>53</sup> S. Freud, “Análisis terminable e interminable”, p. 231.

que la interrogación se pone sobre la marcha, pues en el mentado texto lo que se interroga es no solo la duración del tratamiento analítico (que ya el propio Freud advierte: corto no será, y no puede apresurarse, como querría la «prisa de la vida norteamericana»<sup>54</sup>—es decir, los marcos médicos imperantes en este ya bien entrado siglo XX—), sino que se interroga incluso por su eficacia misma. En este sentido, Freud es contundente al decir que, si bien «en la teoría» la cura de la neurosis asegurando el «gobierno sobre lo pulsional» es siempre justa, «no ocurre lo mismo en la práctica»<sup>55</sup>, donde no se puede asegurar que se hayan sentado las bases suficientes para el gobierno de lo pulsional. Ahora bien, es cierto que Freud conceptualiza esto indomeñable de la pulsión en el sentido de su pretendida «intensidad constitucional», que piensa en un sentido orgánico, fisiológico, filogenético, que por tanto sería insusceptible de tratamiento analítico. Sin desconocer que puede haber en juego cuadros clínicos cuya etiología responda a causas orgánicas, lo cierto es que será mérito de Lacan pensar la cuestión de lo «constitucional» de la pulsión de otro modo, dándole un estatuto distinto, despegándolo de la biología (pues si fuera meramente biológico, ¿qué podría el psicoanálisis operar en ello?). Dado que no podemos ahondar en ello, tan solo señalemos lo siguiente: podemos mantener esta cuestión de lo «constitucional» o lo «hereditario» que Freud menciona, como aquello relativo a la pulsión y que no es tramitable meramente por la palabra, a condición de pensarlo en el sentido de un tipo de «herencia» muy distinta: no una herencia genética, biológica, mas sí, sin duda, una herencia «estructural», podríamos decir, en el sentido algo de un vínculo pulsional primario, vinculado al Otro primordial, que «restó» tras la operación del significante (nuevamente podemos traer a colación el mentado objeto a lacaniano: objeto pulsional, «resto», vinculado a la prehistoria del sujeto—esto último no en un sentido cronológico, sino lógico). Lacan lo muestra de modo contundente en su Seminario 10, donde dice:

Ya les he enseñado a situar el proceso de la subjetivación, en la medida en que el sujeto tiene que constituirse en el lugar del Otro, bajo los modos primarios del significante, y a partir de lo que está dado en ese tesoro del significante constituido en el Otro, tan esencial para todo advenimiento de la vida humana como todo lo que podemos concebir del *Umwelt* natural. El tesoro del significante donde tiene que situarse espera ya al sujeto [...]. Sólo existirá a partir del significante, que le es anterior, y que con respecto a él es constituyente.

Digamos que el sujeto lleva a cabo una primera operación interrogativa en A [el Otro, *Autre* en francés][...] Surge entonces una diferencia entre el A-respuesta, marcado por la interrogación, y el A-dado, algo que es el resto, lo irreductible del sujeto. Es *a*. El *a* es lo que

---

<sup>54</sup> *Ibidem.*, p. 219.

<sup>55</sup> *Ibidem.*, p. 232.

permanece irreductible en la operación total del advenimiento al lugar del Otro, y es ahí donde adquirirá su función.<sup>56</sup>

De modo que, si bien es Lacan quien lo precisa de un modo más señalado, dándole un estatuto conceptual distinto, lo que es cierto es que el propio Freud encontró radicalmente lo que hay de imposible en la práctica analítica, que involucra la pulsión como resto:

Acaso no sea ocioso, para evitar malentendidos, puntualizar con más precisión lo que ha de entenderse por la frase «tramitación duradera de una exigencia pulsional». No es, por cierto, que se haga desaparecer de suerte que nunca más dé noticias de ella. Esto es *imposible*, y tampoco sería deseable. No, queremos significar otra cosa, que en términos aproximados se puede designar como el «domeñamiento» de la pulsión: esto quiere decir que la pulsión es admitida en su totalidad dentro de la armonía del yo, es asequible a toda clase de influjos por las otras aspiraciones que hay en el interior del yo, y ya no sigue más su camino hacia su propia satisfacción.<sup>57</sup>

Aquí se ponen en juego cuestiones esenciales de la práctica analítica. Si bien desde nuestra postura no habría manera de sostener esa pretendida “armonía”<sup>58</sup> del yo, y si bien rechazamos toda idea de “totalidad” (y más aún para hablar de pulsión), e incluso señalando que la cuestión del domeñamiento no es de nuestro sumo agrado, con todo, aquí Freud da con el hueso duro de roer del análisis, y no retrocede ante él. Si ya pusimos de relieve que lo aquí concernido pertenece al polo pulsional de un inconsciente no-reprimido, y, por lo tanto, inasequible a la palabra y a la interpretación analítica, aquí lo que se muestra es que, en lo que a la pulsión se refiere, hay algo en el orden de un imposible, hay radicalmente restos no-librables, y que un análisis se libraría en el sentido de un saber-hacer alrededor de este punto de impasse (nosotros sustituimos el “domeñamiento” por un “saber-hacer-con-eso”). Si bien algo alrededor de esto puede erosionarse, irse vaciando progresivamente, hay algo del empuje pulsional que no cesará de insistir (recordemos el *Drang* freudiano, que no se confunde con la tensión de la necesidad biológica, ya que ésta última podría “descargarse”, mientras que «la pulsión actúa como fuerza constante»<sup>59</sup>), y en ese sentido lo importante es saber inscribir

---

<sup>56</sup> J. Lacan, *El Seminario. Libro X: La angustia*, p. 175.

<sup>57</sup> *Ibidem.*, pp. 227-228.

<sup>58</sup> Para problematizar, al menos entre paréntesis, la cuestión de la pretendida “armonía”, escuchemos a Daniel Gerber en este punto, que dice: «Aun la asociación libre se inscribe en una primera instancia en la misma perspectiva que la abreacción, ya que se trata de arribar mediante aquélla a la raíz inconsciente del síntoma por medio del “libre” flujo de la palabra para obtener finalmente la eliminación del “cuerpo extraño” con lo que la homeostasis se restituye. Hay una pretensión subyacente (¿efecto de un no-analizado?): hacerse amo del deseo; no se advierte que, en última instancia, es la existencia de este último lo que impugna toda pretensión de armonía, que no hay posibilidad de dominio sobre el deseo porque es el único amo.», D. Gerber, “Dis-curso del psicoanálisis: el punto de vista antieconómico”, p. 110.

<sup>59</sup> S. Freud, “Pulsiones y destinos de pulsión”, p. 114.

eso en la propia vida de modo que su empuje no devenga *demasiado* penoso para un sujeto. Pues el empuje no puede detenerse, y si pudiera detenerse, “tampoco sería deseable”, como acaba de apuntar Freud. ¿Y cómo sería deseable, si el empuje de la pulsión es al mismo tiempo lo único que puede vitalizarnos? Es aquí donde Lacan puede leer que en el objeto pequeño *a*, objeto de la pulsión, se anudan no solo el plus-de-gozar, sino también la causa del deseo. El trabajo de un análisis sería poder despegar el objeto *a* de lo primero, pérdida mediante, a fin de anudarlo a lo segundo. A este respecto, dice Daniel Gerber, en diálogo con Lacan, lo siguiente: «Hay que recordar que, como dice Lacan, “el resto es siempre, en el destino humano, fecundo”<sup>60</sup>: es preciso que la pérdida se produzca, que una parte del cuerpo [pulsional] caiga como desecho no recuperable, inservible, para que el sujeto del deseo, causado por esa pérdida, pueda constituirse.»<sup>61</sup> Mas esta pérdida no se viabiliza mediante la interpretación simbólica, sino mediante lo que Lacan llamó el *acto analítico*: dejemos esto tan solo señalado, sin poder ahondar, lamentablemente, más en ello.

De modo que es partiendo de estas consideraciones de Freud, mas dándoles un estatuto más señalado, que establecemos lo real como eso no-simbolizable para lo cual la operación analítica de la *interpretación* se vuelve insuficiente. Y, dicho sea de paso, esto no se hace patente sino deslindando lo no-simbolizado que es simbolizable: es decir, ligándolo hasta la medida en que se drene, pues sólo llegando al límite de lo no-simbolizado que el análisis logró simbolizar es que lo no-simbolizable se hará patente como resto.

Ahora bien, retomando lo que a Más allá del principio del placer respecta, señalemos: si lo traumático era lo no-ligado, lo era en la medida en que era aquello que rompía la protección anti-estímulo, que rompía todas las representaciones que de ordinario lograban tramitar las percepciones: «Llamemos traumáticas a las excitaciones externas que poseen fuerza suficiente para perforar la protección anti-estímulo. Creo que el concepto de trauma pide esa referencia a un apartamiento de los estímulos que de ordinario resulta eficaz. Un suceso como el trauma *externo* provocará, sin ninguna duda, una perturbación enorme en la economía {*Betrieb*} energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa.»<sup>62</sup> De modo que, si el sujeto que padecía una neurosis traumática volvía

---

<sup>60</sup> J. Lacan, *El seminario. Libro XX: Encore*, p. 10, citado por Daniel Gerber en “Dis-curso del psicoanálisis: el punto de vista anti-económico”, p. 118.

<sup>61</sup> D. Gerber, “Dis-curso del psicoanálisis: el punto de vista anti-económico”, p. 118.

<sup>62</sup> S. Freud, “Más allá del principio del placer”, p. 29. Las cursivas son nuestras.

incesantemente al evento traumático en cuestión, lo hacía—inconscientemente, claro está— en la pretensión de que su aparato pudiera dominar el estímulo, en la pretensión de que pudiera «ligarlo psíquicamente»<sup>63</sup>, a fin de conducirlo a su tramitación, cosa que, por supuesto, no se lograba: había algo que no cesaba de no escribirse, de no ligarse.

Llegados a este punto es que tenemos que hacer una distinción importante. Si en una de las citas anteriores de Freud decidimos resaltar el sesgo “*externo*” de lo traumático, es porque existe también el sesgo “*interno*” de lo traumático, y es aquí donde, una vez más, hay una divisoria de aguas entre el psicoanálisis. Señalemos, en primer lugar, que es el propio Freud quien indica que existe el trauma “*interno*”, y que este es particularmente delicado, por cuanto que hacia “*adentro*” no existe una protección anti-estímulo. O, lo que es lo mismo— y que ya apuntaba desde *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915)—: que de las pulsiones no se puede huir. Escuchemos al propio Freud:

La falta de una protección antiestímulo que resguarde al estrato cortical receptor de estímulos de las excitaciones de adentro debe tener esta consecuencia: tales transferencias de estímulo adquieren la mayor importancia económica y dan ocasión a perturbaciones económicas equiparables a las neurosis traumáticas. Las fuentes más proficuas de esa excitación interna son las llamadas «pulsiones» del organismo: los representantes de todas las fuerzas eficaces que provienen del interior del cuerpo y se transfieren al aparato anímico, *es este el elemento más importante y oscuro de la investigación psicológica.*

Quizá no hallemos demasiado atrevido suponer que las mociones que parten de las pulsiones no obedecen al tipo del proceso nervioso ligado, sino al proceso libremente móvil que esfuerza en pos de la descarga.<sup>64</sup>

Hemos traído a colación lo anterior por la razón siguiente: en el psicoanálisis lacaniano, la orientación a la que me adscribo, fue este sesgo de lo traumático “*interno*” el que se «*explotó*» decididamente, puesto que Lacan halló en lo económico de la pulsión, en la sexualidad del hablante, un *impasse* estructural: que si bien hay una operatoria simbólica sobre las pulsiones (esto se llama el *complejo de castración*), hay algo de esa operatoria que resta, algo que lo simbólico no alcanza a tramitar: hay un real de la pulsión que no cesa de no escribirse, que permanece no-ligado (es en este sentido que podemos pensar que todas las pulsiones tienen algo de *pulsión de muerte*, pensando la muerte como el límite, precisamente, de lo ligable)<sup>65</sup>. ¿Y por qué tomar este sesgo de lo traumático? Porque en la clínica se

---

<sup>63</sup> *Idem.*

<sup>64</sup> *Ibidem.*, p. 34.

<sup>65</sup> Para poner esto de relieve, que este sesgo de lo traumático tiene ciertamente una presencia señalada en el psicoanálisis de orientación lacaniana, así como para una exposición más detallada de lo que está en juego,

descubre que precisamente por estar habitados por el lenguaje, por la perturbación que la estructura del lenguaje significa hacia los instintos, que a partir de allí devienen pulsiones, hay algo traumático que es estructural: es decir, que vale para todos (esto no quiere decir que todos tendrán el mismo trauma, o que se trata de un trauma «compartido», sino que en todos algo devendrá traumático, y ello en virtud de que hay algo que no cesa de no escribirse en lo simbólico de la constitución subjetiva: por causa del «desarreglo no contingente, sino esencial, de la sexualidad humana»<sup>66</sup>).

En otras palabras, el psicoanálisis de orientación lacaniana, que sin duda no deja de ser freudiano, pero que explota algunos de sus sesgos y no otros, encuentra lo traumatizante de la sexualidad, que es estructural, en todos los sujetos, incluso en aquellos que no vivieron eventos externos económicamente desbordantes (traumas “externos”). Y esto por las exigencias mismas de la clínica, donde no todos los pacientes acuden al consultorio con vivencias de violencia extrema que rompieron su protección anti-estímulo, pues a veces tan solo el roce inocente de una mano, o acaso un silencio del Otro, puede devenir traumático, y eso en la medida en que se enlaza con un punto de no-simbolizado del sujeto.

Me ha parecido hacer importante esta distinción, para aclarar en qué sentido tomaremos lo traumático: tomaremos el sesgo “externo” de lo traumático para pensar la desaparición forzada, en el sentido de las experiencias que por su magnitud rompen con todos los sentidos que nos permitían “tramitar” psíquicamente otros sucesos. Pero también pensaremos la desaparición forzada tomando la estructura formal lacaniana— si bien no utilizada por nosotros para pensar la pulsión en este punto— de lo que *no cesa de no escribirse*, y esto por particularidades propias de la desaparición forzada, como las siguientes: la desaparición forzada no es desaparición solamente para quien desaparece, sino también para sus otros: la desaparición forzada es un agujero no solo en el tejido social mexicano y en su historia política, sino fundamentalmente un agujero para las buscadoras, pues para ellas sus desaparecidos son presencias—desgarradoramente presentes— hechas, sin embargo, de ausencia: de lo que no hay (que la desaparición forzada toque un *real* en sentido lacaniano es algo que mantendremos como hipótesis de trabajo, en la medida de su agujero). ¿Qué hacer, sin embargo, con este agujero? Antes de responder la pregunta, pongamos en

---

véase D. Gerber “Dis-curso del psicoanálisis: un punto de vista antieconómico”, en *El discurso del psicoanálisis. Coloquios de la Fundación*, a cargo de N. Braunstein, pp. 103-138.

<sup>66</sup> J. Lacan, “La significación del falo”, en *Escritos 2*, p. 653.

interrogación un par de cuestiones más, casi entre paréntesis, aunque de modo insoslayable— puesto que incluso dan cuenta del trabajo del Servicio Social, en la medida en que se trata de discusiones internas al Seminario de Investigación—para después ir propiamente a la articulación entre psicoanálisis y desaparición forzada.

Una de las discusiones delicadas, que incluso puede «partir aguas» entre sectores del psicoanálisis, se juega alrededor de la pregunta que sigue: ¿el Más allá del Principio del Placer freudiano atañe a lo no-ligado o a lo no-ligable? Es decir: ¿hay de la energía «libremente móvil» (es decir, no-ligada) que sea radicalmente *imposible* de ligar? ¿O lo no-ligado es algo que finalmente podría ligarse *todo*?

Hay que partir de la siguiente consideración: no hay una lectura unívoca de Freud (en realidad, de ningún autor, de ningún texto: qué maravilla y cuánta riqueza comporta esto). Ello, sin embargo, no quiere decir que entonces puede decirse cualquier cosa sin fundamento. La orientación del presente trabajo es sostener que hay de lo no-ligado, que puede ligarse, y *también de lo radicalmente no-ligable*. Para hacerlo con justicia, partamos de la siguiente afirmación de Freud, en el primer capítulo de *Más allá del principio del placer*:

Pero entonces debemos decir que, en verdad, es incorrecto hablar de un imperio del principio de placer sobre el curso de los procesos anímicos. Si así fuera, la abrumadora mayoría de nuestros procesos anímicos tendría que ir acompañada de placer o llevar a él; y la experiencia más universal refuta energéticamente esta conclusión. Por tanto, la situación no puede ser sino esta: en el alma existe una fuerte tendencia al principio del placer, pero ciertas otras fuerzas o constelaciones la contrarían, de suerte que el resultado final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer.<sup>67</sup>

Posteriormente a esta afirmación, que parecería ya no dejar lugar a dudas, el propio Freud se pregunta, entonces, cuáles son las circunstancias capaces de impedir que el principio de placer prevalezca. Su respuesta: una represión “primaria” y una represión “secundaria”. La primera como la asunción del rodeo, del diferimiento de la satisfacción, de la renuncia a la ganancia inmediata del placer, necesaria para entrar en la cultura (con Lacan diremos: al lenguaje), exigida por el principio de realidad<sup>68</sup>. Esto, Freud lo sostiene del siguiente modo: «tiene el carácter de una ley {*gesetzmässig*}».<sup>69</sup> Mantengamos esto en mente, que será fundamental para nuestras elaboraciones: la represión primaria ya trastoca, “de inicio”, el

---

<sup>67</sup> S. Freud, “Más allá del principio del placer”, p. 9.

<sup>68</sup> Cfr. *Ibidem.*, p. 10

<sup>69</sup> *Ibidem.*, p. 9.

imperio del principio del placer, que se subyuga (aunque nunca por completo) ante el principio de realidad, y esto tiene un carácter de ley. Podríamos, además, preguntar: ¿cuál es el momento lógico, o cronológico, de esta “primera inhibición del principio del placer”<sup>70</sup>, es decir, del rodeo, del diferimiento de la satisfacción (en suma, de la represión primaria)?

Y, después, Freud sostiene que el trastocamiento del “principio del placer” acaece también por la llamada “represión secundaria”, a consecuencia de un conflicto de las pulsiones con el yo, pulsiones que se muestran, en fin, «inconciliables» con él, de modo que caen bajo el proceso represivo y se les busca una «satisfacción sustitutiva» (esto sería el síntoma: formación de compromiso). De modo que el “principio del placer” está “impedido” de manera bifronte: *por un proceso “primario”* (el del “rodeo”, el del diferimiento de la satisfacción por el principio de realidad, por la entrada en la cultura y en el lenguaje, en la medida en que la represión primaria es co-originaria de la inscripción en el inconsciente del representante de la representación de la pulsión<sup>71</sup>, a la que se fija—y no sólo eso, sino que los procesos primarios freudianos—condensación y desplazamiento—son solidarios conceptualmente de los efectos del lenguaje encontrados por la lingüística y puestos al trabajo analítico por Lacan: metáfora y metonimia: de ahí que podamos leer la represión primaria como la entrada en el lenguaje) y *por un proceso represivo “secundario”* (el del conflicto de las pulsiones con el yo, que son segregadas y a las cuales se les busca una satisfacción sustitutiva).

Esta manera de diferenciar las dos instancias del proceso represivo es sumamente importante para la discusión a propósito de lo no-ligado y lo no-ligable. En primer lugar, señalemos desde ya, puesto que esto es manifiesto incluso con Freud: uno de los modos de distinguir lo “primario” de lo “secundario” es del siguiente modo: lo “secundario” es un observable clínico, se elabora en la palabra del paciente, se lee en su historia, mientras que lo “primario” no goza de ninguna de estas características. Ciertamente no es un observable clínico: ¿en dónde se puede situar ese “momento primero” donde tiene que diferirse, restringirse, la satisfacción por la entrada en la cultura, es decir, al orden del significante? Si bien es claro que, como “momento” específico no puede ubicarse cronológicamente, podemos, de todos modos, acordar: sería, indubitablemente, en un momento anterior a la

---

<sup>70</sup> *Idem.*

<sup>71</sup> *Cfr.* S. Freud, “La represión”, p. 143.

palabra (ojo: anterior a la palabra, que no anterior al lenguaje), de modo que la posibilidad de que sea un observable clínico está de antemano perdida.

Ahora bien, la así llamada “represión primaria” será leída por Lacan en un sentido sumamente productivo conceptualmente, y esto por cuanto que es capaz de formalizar su estatuto. Lacan dirá que la represión primaria freudiana es equivalente a la captura del sujeto por el lenguaje: entrada que, en la medida de la restricción pulsional que implica, desnaturaliza su cuerpo, lo perturba, introduciéndolo en el orden del significante: es decir, en un orden simbólico que le preexiste, y en el que se fundará. Recordemos lo que dice Lacan en *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*:

El lenguaje con su estructura preexiste a la entrada que hace en él cada sujeto en un momento de su desarrollo mental. [...] El sujeto, si puede parecer siervo del lenguaje, lo es más aún de un discurso en el movimiento universal del cual su lugar ya está inscrito en el momento de su nacimiento, aunque sólo fuese bajo la forma de su nombre propio. [...] Esa tradición, mucho antes de que se inscriba en ella el drama histórico [del sujeto], funda las estructuras elementales de la cultura. Y esas estructuras mismas revelan una ordenación de los intercambios que, aun cuando fuese inconsciente, es inconcebible fuera de las permutaciones que autoriza el lenguaje<sup>72</sup>.

Lo que aquí se pone en juego, entre otras cosas, es que finalmente el *infans* es recibido, acogido por un mundo, por un orden simbólico, que le preexiste y que le da un lugar. Esto, el ser acogido, no es sin costo, puesto que el orden simbólico que le preexiste está estructurado de antemano a su llegada con una serie de leyes de ordenación y de permutación (con una sintaxis) que le exigirá una restricción en el cuerpo: restricción, perturbación que va a sustituir lo que era instinto e inmanencia biológica por algo muy de otro orden: la necesidad *meramente* biológica queda radicalmente perdida en el momento del acceso en el orden del significante (es decir, en el orden de la demanda). El instinto se pierde: deviene pulsión. «La Ley primordial [del lenguaje] es pues la que, regulando la alianza, *superpone el reino de la cultura al reino de la naturaleza*, entregado a la ley del apareamiento. La prohibición del incesto no es sino su pivote subjetivo [...].»<sup>73</sup> Ahora bien, de esa operatoria simbólica sobre la pulsión, *algo restará*: lo imposible de simbolizar, los “restos pulsionales” freudianos más arriba citados.

Desde la consideración de Lacan, esto es un hecho de *estructura*, de modo que ciertamente no será un observable clínico. Pero no solo esto, sino que, por ser de estructura,

---

<sup>72</sup> J. Lacan, “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos I*, p. 463.

<sup>73</sup> J. Lacan, “Función y campo...”, p. 269.

es un dato de entrada, que vale para todos, y que es irreductible a cualquier avatar de la historia de cualquier sujeto (hay restricción pulsional incluso en la psicosis, aunque claramente de otra índole). Para Lacan, «el descubrimiento de Freud es el del campo de las incidencias, en la naturaleza del hombre, de sus relaciones con el orden simbólico, y el escalamiento de su sentido hasta las instancias más radicales de la simbolización en el ser»<sup>74</sup>, de modo que serán las marcas del lenguaje lo que darán la especificidad no solo del humano, sino de la orientación, conceptualización y operación psicoanalítica. «Se ve entonces que el problema es el de las relaciones en el sujeto de la palabra y del lenguaje.»<sup>75</sup>

Es, entonces, por acción del lenguaje en el infans que lo biológico de su cuerpo se verá irremediadamente perturbado, de modo que esa restricción de la satisfacción, que esa satisfacción *perdida* “al inicio” no se volverá a encontrar jamás (esto último es sostenido lacanianamente, aunque no sin razón podría leerse en Freud). Para darle una vuelta más desde lo conceptual, podemos ubicar que esto puede leerse incluso en la famosa vivencia de satisfacción<sup>76</sup> del *Proyecto para una psicología para neurólogos* de Freud, que, aunque no puede sostenerse sino a título mítico en lo conceptual, tiene hondas consecuencias para la constitución del sujeto, puesto que, a decir verdad, el aparato solo se pone en marcha por el intento de re-encontrar esa satisfacción “perdida”, cosa que, por supuesto, nunca ocurre (puesto que, en realidad, esa satisfacción “total” nunca estuvo). Lo que nosotros desprendemos de esto, y que quizá no es posible desprender de manera indubitable de Freud, es que hay de la “represión” que se vence y hay de la que no: la represión “secundaria”, la que se vence, es la que estaría en juego en el síntoma como formación sustitutiva; y la represión “primaria”, la que no se vence, sería un dato de estructura, insalvable, donde el principio del placer y la naturalidad del hablante quedarían perturbados, por la entrada en el lenguaje, de inicio y en adelante.

De ahí que haya una pérdida de satisfacción “primera”, constitutiva, y de ahí que toda la satisfacción posterior sea no-toda. De ahí, también, que a partir de entonces cualquier “descarga” del aparato sea incompleta<sup>77</sup> (no olvidemos que la vivencia de satisfacción,

---

<sup>74</sup> *Ibidem.*, p. 265.

<sup>75</sup> *Ibidem.*, p. 270.

<sup>76</sup> Cfr. “La vivencia de satisfacción”, en *Proyecto de una psicología para neurólogos*, pp. 362-364.

<sup>77</sup> A este respecto, dice Daniel Gerber: «El impasse del narcisismo primario—del funcionamiento pensado pura y simplemente en términos de descarga absoluta—sólo puede superarse a partir de la consideración de

mítica, lo es en virtud de su del monto de su descarga—“duradera”—, no menos mítico). La orientación de lectura que aquí proponemos es que la mentada *acción específica* freudiana no se sostiene tampoco sino a título mítico, puesto que a partir de la entrada del infans en el lenguaje ya no hay más instinto, es decir, ya no hay más objeto complementario que pudiera colmarlo completamente (y eso sería una acción específica: una acción con objeto complementario). A partir de allí lo que habrá es pulsión: parcial, incompleta, caprichosa. Nuestra orientación de lectura es que, precisamente, si toda la energía pudiera realmente ligarse, si todo pudiera descargarse, lo que habría es instinto: objeto complementario, y verificamos en la experiencia analítica que, efectivamente, eso es lo que no hay. Lo que hay en el humano, y que Lacan muestra, es que la “naturalidad” se nos trastoca por acción del lenguaje, no pudiendo ser capaces de “recuperarla” en adelante<sup>78</sup> (lo cual no quiere decir, tampoco, que nada pueda operarse en el hablante para que este trastocamiento de la naturalidad no se vuelva excesivamente problemático).

De modo, finalmente, que con la distinción puesta en juego entre lo “primario” y lo “secundario” a que alude Freud en el primer capítulo de *Más allá del principio del placer*, lo que nosotros desprendemos es lo siguiente: hay de la represión “secundaria” que, precisamente, sintomatiza, puesto que, al estar reprimida, tiene que ser segregada y se le tiene que buscar una formación de compromiso. Este síntoma es lo que no ha sido debidamente abreaccionado, tramitado, lo no-ligado que, mediante la palabra, puede ligarse: lo que, para levantarse, tiene que hacerse historia en el sujeto. Pero también hay de lo “primario”, que atañe a la satisfacción pulsional perturbada, y que implica lo imposible: la satisfacción total, la descarga completa, están radicalmente perdidas (y eso en la medida del trastocamiento de lo “instintivo”, que a partir de allí se vuelve pulsional): se ha perdido el objeto complementario. Esto es, desde la consideración lacaniana, lo que entra a tallar en la compulsión a la repetición: la *tyché*, el des-encuentro con el objeto. Dice Lacan en su Seminario 11: «La función de la *tyché*, de lo real como encuentro—el encuentro en tanto que puede ser fallido, en tanto que *es esencialmente fallido*—se presentó primero en la historia

---

que toda descarga deja un resto, un real residual en el interior de lo viviente, imposible de extinguirse. Un real que equivale a la pulsión» D. Gerber, “Dis-curso del psicoanálisis: el punto de vista anti-económico”, p. 109.

<sup>78</sup> «Las pulsiones son nuestros mitos, ha dicho Freud. No hay que entenderlo como una remisión a lo irreal. Es lo real lo que mitifican, según lo que es ordinario en los mitos: aquí el que hace el deseo reproduciendo en ello la relación del sujeto con el objeto perdido.» J. Lacan, “Del Trieb de Freud y del deseo del psicoanalista”, p. 811.

del psicoanálisis bajo una forma que ya basta por sí sola para despertar la atención: la del trauma.»<sup>79</sup>. Desde esta perspectiva, la compulsión a la repetición estaría comandada por la búsqueda una satisfacción (o ligazón) total, completa, homeostática que nunca se reencuentra: en virtud de ese des-encuentro se articularía la compulsión a repetir (esto se pone de relieve, de modo casi paradigmático, con los adictos o toxicómanos). «Toda la historia del descubrimiento freudiano de la repetición como función se define así acotando la relación entre el pensamiento [la tramitación, el intento de ligazón] y lo real.»<sup>80</sup> Satisfacción que no se completa, ligazón que no se produce: pero por «satisfacción» no referimos nada en el orden de lo placentero necesariamente (incluso puede ser todo lo contrario: de ahí su carácter paradójal). La misma estructura formal está presente en lo que Freud llamó las *neurosis traumáticas*: la compulsión a la repetición de la escena testimonia de lo no-todo de la ligazón, y en virtud de este no-todo (velado), de ese des-encuentro, es que se repite. O, lo que es lo mismo, si la escena se repite es en virtud de algo que busca finalmente “dominarse” o “ligarse”, mas la repetición compulsiva testimonia que hay algo de esto que no termina de producirse. La pregunta sería si la operación analítica, para ser eficaz, tendría que procurar un ligarlo-todo: ¿es así necesariamente?

La cuestión es que, para Lacan y su Escuela, hay de lo radicalmente imposible: uno de sus tres registros, lo real, testimonia de esto: lo real es un imposible lógico, lo que es radicalmente imposible a lo simbólico y a lo imaginario, y que es por tanto el límite de la rememoración: «estando el sujeto en su lugar, la rememoración de la biografía es algo que anda, pero solo hasta cierto límite: lo real.»<sup>81</sup> Lo que Lacan propone aquí es que un monto de la energía libremente móvil (la no-ligada), remite a un *impasse* estructural: no-toda es ligable. De modo que una de las dificultades más grandes del análisis es vérselas con esto. Habrá, para Lacan, algo en el orden de lo incurable, de lo no-tramitable, un núcleo de goce (es decir, de lo atinente a la pulsión) que no alcanza a ser escrito—inscrito—por lo simbólico (o, lo que es lo mismo, lo Simbólico lacaniano está agujereado: está atravesado por la incompletud y la inconsistencia.<sup>82</sup>)

---

<sup>79</sup> J. Lacan, “Tyché y automatón”, en *El Seminario, libro 11*, p. 63.

<sup>80</sup> J. Lacan, “De la red de significantes”, en *El Seminario. Libro XI*, p. 57

<sup>81</sup> *Idem.*

<sup>82</sup> Para profundizar estos planteamientos, véase G. Le Gaufey, *La incompletud de lo simbólico*.

Lo que también se desprende de aquí es que lo real en sentido lacaniano “decanta”, “precipita”, de la falla de lo simbólico: solo se hace patente a través de esta falla, en la lúnula entre simbólico y real. Incluso en el Final de Análisis, lo que se sostiene no es que todo alcanzó a tramitarse simbólicamente, sino que se *inventó* un arreglo alrededor de lo real que fuera menos costoso para el sujeto (un traje más “a medida”, que nunca es “*completamente a medida*”). Pues de lo *radicalmente perdido en la satisfacción pulsional*, de la satisfacción como no-toda, en donde queda siempre algo no-ligable, puede desprenderse la compulsión a la repetición, pero también se puede habilitar, por ejemplo, el deseo<sup>83</sup>, lo que prueba que lo real tampoco implica una fatalidad que haga del análisis una herramienta del todo estéril.

Es una discusión compleja, se intenta aquí inscribir algunas coordenadas básicas. Donde surge la mayor complicación es en decidir si en la desaparición forzada hay de lo real como imposible lógico, tal como lo propone Lacan al respecto del «desarreglo no contingente, sino esencial de la sexualidad humana»<sup>84</sup> (es decir: de lo pulsional). Mi postura al respecto es que también en lo atinente a la desaparición forzada resta algo irreductible a la comprensión, irreductible a la tramitación simbólica, que entra a tallar por el lado de lo real del duelo. La manera de intentar hacer eso sensible es cuando se señala: sí, sin duda la historización alrededor del desgarro de la desaparición forzada es sumamente importante, es subversivo, es innegociable y pertinente, además de que implica resistencia y articulación política. Sin embargo, ¿esto despeja el agujero que queda, que resta a la comprensión y a la tramitación, en las subjetividades de las buscadoras, por ejemplo? Mi postura sería que no, que sigue restando algo inasimilable, con lo que se aprende a vivir eventualmente, pero que no pierde su carácter de agujero. El duelo testimoniaría de esto, en la medida en que ante una pérdida siempre hay algo de lo inconmensurable (y qué decir de una pérdida en el contexto de una desaparición forzada). Este agujero que el duelo pone sobre el tapete lo retomaremos más adelante, de la mano de Patricia León-López y del propio Freud, y será el sitio a través del cual sostendremos la entrada de un real en nuestro trabajo. Antes de ir a ello, hagamos un

---

<sup>83</sup> «Ahora bien, se trata precisamente de lo que resiste a toda asimilación a la función del significante [está hablando del objeto *a*], y por eso precisamente designa lo que, en la esfera del significante, se presenta siempre como perdido, como lo que se pierde con la significantización. Pero precisamente este desecho, esta caída, esto que resiste a la significantización, es lo que acaba constituyendo el fundamento en cuanto tal del sujeto deseante—no ya del sujeto del goce, sino el sujeto en tanto que se encuentra en la vía de su búsqueda».

J. Lacan, *El Seminario. Libro X: La angustia*, p. 190

<sup>84</sup> J. Lacan, “La significación del falo”, p. 653.

paréntesis para problematizar dos cuestiones. En primer lugar: ¿Freud deslinda lo real en su obra? ¿Se puede hablar de lo imposible lógico en la obra de Freud? Y, en segundo lugar: ¿que haya de lo incurable en la práctica analítica la hace una práctica estéril, que tendríamos que descartar de antemano?

Lo que todo lo anterior pone en forma es que, a decir verdad, hay de lo incurable en el tratamiento analítico, hay de lo imposible. ¿Es esto una razón para pensar, entonces, que no tiene sentido analizarse? Por supuesto que no: ya el propio Freud decía, muy tempranamente, que una cosa es ese monto de sufrimiento inherente al existir en una cultura (en la medida en que vivir en la cultura, en y con el Otro, implica una pérdida en la satisfacción, por la restricción pulsional, que exige posponer, diferir, limitarla) y otra cosa muy distinta es la miseria neurótica.<sup>85</sup> Nada más alejado del psicoanálisis que promesas de imposibles: promesas de felicidad irrestricta (para eso sigue existiendo la religión vulgar). Lo que finalmente viabiliza un análisis es un cierto saber-hacer con lo imposible, un cierto saber-hacer alrededor del agujero. Y esto no es poco. Lo que el psicoanálisis se propondría eliminar no sería el penar en sí mismo (¡qué ingenuo sería pensar esto!) sino ese penar-de-más, un cierto excedente, que finalmente es el que lleva al sujeto al análisis (es decir: la miseria neurótica, que no pocas veces incluso imposibilita el vivir). Porque, además, este excedente, este penar-de-más, está íntimamente ligado al esfuerzo que el sujeto compromete para no vérselas con lo real, es decir, con lo imposible, de modo que lo que un análisis debería producir en un sujeto es una solución distinta ante lo real.

De modo que, retomando la cuestión, quizá pueda sostenerse que ya en el propio Freud hay de lo imposible, de lo radicalmente no ligable, pero quizá también pueda sostenerse lo contrario: que lo que pone en forma el Más Allá del Principio del Placer es nada más un no-ligado *por el momento*: que finalmente todo podría ligarse en el análisis. Aquí, más bien, yo tomo postura al respecto: aún cuando hay elementos para desprender lo no-ligable de Freud (lo que citamos de *El yo y ello* y de *Análisis terminable e interminable* nos

---

<sup>85</sup> “Repetidas veces he tenido que escuchar de mis enfermos, tras prometerles yo curación o alivio mediante la cura catártica, esta objeción: «Usted mismo lo dice; es probable que mi sufrimiento se entrame con las condiciones y peripecias de mi vida; usted nada puede cambiar de ellas, y entonces, ¿de qué modo pretende socorrerme?». A ello he podido responder: «No dudo que al destino le resultaría por fuerza más fácil que a mí librarlo de su padecer. Pero usted se convencerá de que es grande la ganancia si conseguimos mudar su miseria neurótica en infortunio ordinario. Con una vida anímica reestablecida usted podrá defenderse mejor de este último.” S. Freud, en “Sobre la psicoterapia de la histeria”, p. 309.

parecen los más contundentes), en cualquier caso, he de señalar que el Freud que utilizo aquí no es “el” Freud en su pureza (no sé si existiría una cosa tal), sino un Freud leído por Lacan. Si lo que saca Lacan de Freud es algo que allí mismo podía “leerse”, o no, es también una discusión importante e interesante, y de hecho nada desconocida para nosotros como filósofos (la historia de la filosofía está llena de esas interpretaciones, que en donde deben juzgarse no es en su “pureza”, sino en su productividad). Se podría partir de lo citado aquí de la obra freudiana para responder esa pregunta, que al menos lo vislumbra y lo pone sobre la mesa. Lo que ante todo justifica las reelaboraciones que Lacan propone de la obra freudiana no son, en absoluto, meras curiosidades intelectuales, ni caprichos personales, sino cuestiones que atañen directamente a la clínica analítica: a sus obstáculos y a sus impasses. Es en virtud de esto que puede juzgarse como productiva o como ociosa una elaboración conceptual. Las críticas que Lacan hace de los post-freudianos (sumariamente, del éxodo del medio psicoanalítico que fue a parar a Estados Unidos en la segunda mitad del S. XX, y también de cierto psicoanálisis inglés) se inscriben en el mismo sentido: en el sentido en que puede problematizarse de qué modo una conceptualización u otra pueden extraviar o encauzar la cura analítica. Es esto lo que está en juego. Y es aquí, una vez más, que cobra relevancia la distinción hecha por Guadalupe Trejo entre el psicoanálisis en su dimensión de discurso y en su dimensión propiamente clínica, que nunca habríamos que ignorar, puesto que probablemente un concepto se muestre imprescindible cuando uno opera desde la clínica, mientras que en la vertiente de discurso podría parecer menor, o viceversa.

Para cerrar este paréntesis conceptual, volvería a situar que lo más complicado de tratar de lo real en sentido lacaniano en este trabajo es que todo el entramado para el cual se construyó esta noción no es exactamente para lo que yo quiero tratar aquí, que es la desaparición forzada (lo que ya pone en cuestión la pertinencia misma de sacar al psicoanálisis de sus ámbitos propios). Cuando hablamos de lo imposible que afecta a la sexualidad del hablante podemos declinarlo, mínimamente, en lo siguiente: la satisfacción pulsional como no-toda (o, lo que es lo mismo, que la satisfacción absoluta está radicalmente perdida: esto es un elemento importantísimo en la clínica, inscribir esto, saber-hacer con esto). La identidad sexual como imposible de escribirse: es decir, que, por supuesto, no tiene que ver con ningún registro biológico, ni con ninguna genitalidad, la asunción de una posición sexuada. Posición sexuada que siempre está en el orden de la «mascarada» (o, en

términos lacanianos, del semblante). Mascarada que testimonia que el hablante está atravesado por una falta-en-ser, que ningún significante es capaz de nombrarlo, que no tiene ninguna identidad «esencial», con las dificultades que esto implica, pero también con los horizontes que esto abre: una mayor flexibilidad del sujeto con el deseo, con el goce, etc. Esto ya es subversivo en sí mismo, (y no dudo que podría ser consonante con algunos planteamientos de género, hoy sumamente en boga) y es algo sumamente importante de trabajar en un análisis. El semblante sería un entramado simbólico-imaginario que funciona ordenando para no quedar meramente ante lo que no hay de la identidad sexual.

Ahora bien, de todo lo anterior, cualquier sujeto puede testimoniar, pues lo traumatizante de la sexualidad, en las vertientes ya puestas de relieve, vale para todos (es estructural). Lo que pasa es que ante lo traumatizante de la desaparición forzada no puedo decir demasiado desde mi experiencia singular, pero, con todo, me parece mucho más responsable custodiar lo desgarrador de un acontecimiento tal respetando el agujero que le corresponde. De lo que quizá sí podemos testimoniar, en tanto sujetos, es de lo traumatizante del duelo, de lo que no cesa de no escribirse en la pérdida: la pérdida que pone en juego el duelo es inconmensurable, insustituible, inaprehesable. Sí, la vida sigue, e incluso uno puede sacar mucho de esto, pero ¿qué no resta siempre un agujero irreductible, y con el que, en todo caso, podemos intentar a hacer algo a su alrededor? Mi postura es que en el duelo siempre entra a tallar un Real, siguiendo en esto lo planteado por Patricia León-López en su texto *El duelo, entre la falta y la pérdida*<sup>86</sup>. En este trabajo, la autora cita una carta de Freud a Binswanger, fechada en 1929, donde, en el contexto de la pérdida de un hijo propio, dice: «aunque sabemos que después de una pérdida así el estado agudo de pena va aminorándose gradualmente, también nos damos cuenta de que continuaremos inconsolables y que nunca encontraremos con qué rellenar adecuadamente el hueco...»<sup>87</sup> Por el lado del «resto» que queda de toda pérdida, por el lado de lo no-colmable del hueco, es que nosotros sostenemos lo Real del duelo.

Finalmente, antes de pasar a lo que respecta al Memorial de Víctimas, problematicemos lo siguiente: otra de las cuestiones que probablemente no «peguen» entre la desaparición forzada y psicoanálisis es la noción de verdad a la cual apuntan. Pues, como

---

<sup>86</sup> Véase P. León-López, “El duelo, entre la falta y la pérdida”, en *Desde el jardín de Freud*, no. 11, pp. 67-76.

<sup>87</sup> S. Freud, “Carta a Binswanger”, citado por P. León-López, *op. cit.*, p. 69.

ya dijimos, la verdad del psicoanálisis no es contraria a la ficción, sino que la verdad analítica ya en sí misma tiene estructura ficcional, fantasmática, conformada incluso por lo no-acontecido fácticamente. Por el contrario, quizá la noción de verdad que opera en la desaparición forzada sea de muy otro orden, y es que inscribir la ficcionalidad allí podría ser incluso una falta de respeto, pues las buscadoras quieren verdad y justicia, y por esto no entienden la verdad del inconsciente, la verdad ficcional del falso enlace, ni entienden tampoco la verdad amordazada del síntoma. La verdad a la que ellas apuntan es una verdad que, por un lado, se exige con apego a los hechos, pues ello ya sería una labor de justicia, ello ya sería una asunción de las responsabilidades criminales del Estado; y, por otro lado, es una verdad cuyo garante tiene que ser el Otro institucional, y esto por las mismas razones de restitución y de justicia. Sin duda estas cuestiones quedan lejanas del psicoanálisis, incluso son antitéticas con él. Encontramos aquí uno de sus límites esenciales y, como con todo límite, habremos de ser cuidados y respetuosos con él.

Ahora bien, habiendo hecho las aclaraciones y tomado los cuidados correspondientes, nos parece que, con todo, puede aún justificarse la creación de un memorial de víctimas de desaparición forzada a partir del marco teórico propuesto. Si bien con sesgos específicos que por momentos se salen de los marcos propios del psicoanálisis, y si bien algunas nociones psicoanalíticas no logran dar cuenta del todo de una cuestión de tales magnitudes como la desaparición forzada, la propuesta se mantiene: se puede pensar una política de la memoria desde el psicoanálisis, y esto en la medida en que se propone un trabajo mediante la palabra, una historización, esto es, una ligazón, una tramitación simbólica, que reescriba las marcas y bordee los agujeros de nuestra historia en una dirección que abra horizontes de futuro, acaso más vitales, al menos más livianos.

#### **4. Memorial de víctimas: desde una perspectiva psicoanalítica.**

La Dra. Rosaura Martínez Ruiz, quien coordina el Seminario de Investigación al cual presté el Servicio Social, y quien propuso la creación de un memorial de víctimas como una intervención política dentro de los marcos del mismo Seminario, es también una de las grandes precursoras (al menos para nosotros) en lo que al cruce entre psicoanálisis e intervención política se refiere. Su texto *Subvertir el trauma psíquico y el discurso de odio o*

*sobre el poder curativo de la performatividad* es sin duda central para el trabajo que aquí se pretende. Allí, la Dra. Martínez Ruiz sintetiza la que sería, al menos en alguna medida, una de las tesis centrales del presente texto, uno de sus ejes de articulación, que ya hemos mencionado: «En el psicoanálisis, el paciente no se reconcilia con su biografía, sino que se reconstruye su historia de vida al narrarla repetidamente; esa historia se vuelve otra, una que hace que su vida y su historia se tornen más vivibles.»<sup>88</sup>

Y dado que está tratando del trauma psíquico (en su dimensión «externa», pues refiere a quien sufrió situaciones de violencia extrema) da con lo mismo que recién elaborábamos: que el trauma, en tanto que lo no-ligable, que no entra en el recuerdo, requiere de una operación de *reelaboración* (que es, en términos freudianos, un antecedente afín a *construcción* como operación analítica). Ella utiliza como “segundo” autor, tras Freud, a Derrida y sus nociones de iterabilidad y repetición en diferencia, pero no parece en absoluto alejado a cuanto nosotros proponíamos desde Lacan: pues en la historización no se trata tanto de recordar, sino de reescribir la propia historia, de sacarla de sus enquistamientos de sentido, de sus coagulaciones, para hacerla entrar en horizontes nuevos. «Que la reelaboración sea un elemento terapéutico, significa que lo curativo en psicoanálisis es la repetición de la narrativa, pero que la repetición juega en contra de sí misma, que rompe y traiciona cada iteración previa.»<sup>89</sup>

Del mismo modo, Martínez Ruiz sostiene una noción de la huella mnémica que la acerca suficientemente a cuanto nosotros elaboramos en relación al significante, y esto por cuanto que no le atribuye un significado esencial, unívoco, sino que es alterable por ser iterable. Esto se pone de relieve cuando escribe: «como cualquier marca, la huella mnémica puede funcionar independientemente de su significado original y, por esta razón, un acontecimiento sucedido en el pasado puede enfermarnos hoy. Y, de forma paradójica, es precisamente en y mediante esta repetición que puede curarnos»<sup>90</sup>. ¿Qué no apuntábamos nosotros al mismo lugar cuando hablamos de que el significante en sí mismo no significa nada, sino que su sentido precipita en virtud de su concatenación con otros significantes, donde incluso pusimos de relieve el valor de puntuación y de escansión que el analista pone en juego en el

---

<sup>88</sup> R. Martínez Ruiz, “Subvertir el trauma psíquico y el discurso de odio o sobre el poder curativo de la performatividad”, en *Psicoanálisis, deconstrucción y crítica de lo psicopolítico*, p. 332.

<sup>89</sup> *Ibidem.*, p. 337.

<sup>90</sup> *Ibidem.*, p. 339.

discurso del sujeto para sacarlo de sus sentidos coagulados? Es en virtud de que el significante está vaciado de sentido (entiéndase en el sentido de que no le corresponde ninguna significación esencial y última), que puede haber curación.

Por otro lado, y a propósito de la noción de *nachträglichkeit* freudiana, pivote esencial de toda reescritura según nuestros propios términos, la postura de la Dra. Martínez Ruiz es afín una vez más: «El trauma, como marca, un signo y un mensaje para el futuro. Entre otras cosas, esto además implica la posibilidad de un reacomodo de los acontecimientos que han sido experimentados y la constitución *a posteriori* de toda historia.»<sup>91</sup> En suma, es la temporalidad retroactiva que el psicoanálisis encuentra la que permite que la narración no sea un mero recuento de lo mismo, sino la posibilidad de encontrar las hendiduras donde el sentido aún no cerró, donde se nos invita a algo más que lo ya-ahí. La cura psicoanalítica ciertamente es una reescritura que abre lo aparentemente acabado.

Ahora bien, en lo que al arco que va desde el psicoanálisis hacia la esfera de lo político se refiere, la Dra. Martínez Ruiz considera que ya acciones colectivas tales como la ocupación de calles e intervención de monumentos son «en cierto sentido la recreación del trauma que la violencia ha dejado y que, si bien no es la misma experiencia de haber sido lastimado, es su rememoración.»<sup>92</sup> Tomando lo anterior, tomando en préstamo este arco que va desde la rememoración analítica hasta la rememoración de la acción política, es que podemos empezar a justificar la creación de un memorial de víctimas. Y quizá en este caso en un sentido más señalado, puesto que un memorial ya implica en un sentido hasta literal la rememoración, ya es en sí misma una traída a la presencia del desgarró para que no caiga ni en el perdón ni en el olvido, y no solo eso, sino que, en la medida en que se lo inserta en una concatenación significativa distinta, donde el desgarró ya es también parte de una articulación colectiva, en esa medida este memorial ya es una reescritura. Es de este modo que puede haber «procesos de rearticulación, resignificación y recontextualización del trauma con efectos curativos o liberadores.»<sup>93</sup>

Con lo que elaboramos de mano de Lacan, podemos decir: es gracias a que el significante está vaciado de toda sustancia, de todo significado «esencial», que todas las marcas pueden ser subvertidas, reescritas, en la medida en que se las inscribe en nuevos contextos, en nuevas

---

<sup>91</sup> *Ibidem.*, p. 339.

<sup>92</sup> *Ibidem.*, p. 343.

<sup>93</sup> *Ibidem.*, p. 345.

articulaciones, en articulaciones con horizontes emancipatorios. Esta articulación es solidaria de lo que Martínez Ruiz elabora de la mano de Derrida, ciertamente. Escuchémosla por última vez en este extracto, en el que con contundencia establece una posible justificación de la incidencia del psicoanálisis en la esfera política:

El trauma, en cuanto huella mnémica y, por lo tanto, como signo, es también alterable. Por ello, un término ofensivo, o como trauma, puede ser «devuelto» al hablante de forma diferente citado con contra sus propósitos originales y producir efectos opuestos. La huella traumática puede volverse una marca erótica con un destino emancipatorio por medio de esfuerzos psicoanalíticos. Así, podemos pensar al psicoanálisis como una estrategia política y performativa del habla.<sup>94</sup>

Ya habiendo articulado el arco entre lo estrictamente psicoanalítico y su incidencia en la esfera política, podemos entonces ponernos en relación con trabajos que—si bien no por medio del psicoanálisis—también trabajan cuestiones relativas a las «políticas de la memoria». Camila de Gamboa Tapias, por ejemplo, en *La memoria como política y las responsabilidades derivadas del pasado*, pone en el centro de su reflexión la cuestión de que la historia, en su no-neutralidad, es una narrativa venida de un Otro con lugares de enunciación particulares (sobre todo cuando se trata del Estado, de instituciones o grupos políticos, o de medios de comunicación hegemónicos), narrativa que, además, construye nuestra identidad profundamente, y las más de las veces desde lugares no emancipatorios, sino de opresión. Salvando aún todas las distancias, podemos poner esto en relación con lo que elaborábamos cuando dijimos que la «memoria» del sujeto también es una escritura (aún no reescritura) también reenviada desde un Otro, en este caso de un Otro primordial o de los primeros cuidados, escritura que también está sujeta a ser reescrita en la medida en que inscribimos algo del orden de lo propio en esas marcas, en que asumimos nuestro lugar en ello y abrimos sus sentidos aparentemente acabados o enquistados: esto sería un análisis. Y Camila de Gamboa Tapias propone algo en un sentido similar, no solo al que hemos aludido ahora mismo, sino en el sentido de lo que elaboraba la Dra. Martínez Ruiz. Dice:

La memoria es un proceso de constante creación. Esto significa que los grupos sociales pueden construir narrativas diferentes a las que les han sido impuestas, y en estricto sentido, más que hablar de una memoria, es preciso reconocer que en las sociedades hay una pluralidad

---

<sup>94</sup> *Ibidem.*, p. 346.

de memorias construidas desde las diversas identidades colectivas que se producen en una sociedad.<sup>95</sup>

Lo que propone De Gamboa Tapias es una «historia crítica» que ponga de relieve que la historia hegemónica no es la única que existe. Si sacamos las conclusiones correspondientes de esto, podemos ponerlo nuevamente en relación con la reescritura de las huellas mnémicas, en el sentido innovador que el psicoanálisis propone: el pasado no es en absoluto algo dado, terminado, sino algo en disputa, en creación. Quizá de modo un tanto forzado, pero podría decirse que de algún modo el trabajo analítico también tiene que ver con una «historia crítica» en torno a lo venido del Otro del sujeto. Aunque, en este aspecto, habría que señalar, para no caer en confusiones, que en el psicoanálisis no es que el Otro sea el «malo» o algo similar. La relación al Otro del psicoanálisis va más en el sentido de una «dependencia» originaria que de la «dominación» que podría leerse en el sentido de Camila De Gamboas. Incluso podríamos decir, en psicoanálisis, que esa primera nominación venida del Otro, que esas «marcas de origen», son ciertamente indispensables en su momento constituyente, pues sin ellas no hay sujeto. Sin embargo, eventualmente una «historia crítica» cabe allí, y ello porque eventualmente dichas marcas se vuelven una prisión e implican un penar. De todos modos, lo que está en juego es una política de la memoria y una asunción de la propia historia *como propia* y más allá del Otro nominante (en un caso el Otro primordial, en el otro el Otro institucional-hegemónico). También en el análisis lo que hemos de hacer es una «historia crítica», en el sentido de que partimos de un Otro que nos nombró. Esa nominación venida del Otro creó la ilusión de un falso acabamiento de la historia. Pero la historia puede reescribirse, reelaborarse. De lo que se trata es, en última instancia, de una historización que, por ser propia, se torna más verdadera. Y, nuevamente, del mismo modo que con Rosaura Martínez Ruiz, esta historización no viene de un gusto cosmético por el pasado, sino de una voluntad de transformación del presente, de una voluntad de apertura de horizontes de cara hacia el futuro. Ello tampoco está ausente en la propuesta de Camila De Gamboa Tapias, donde, de la mano de Reyes Mate y Walter Benjamin, dice: «esa intervención en el presente de los miembros de una comunidad como sujetos históricos tiene un componente epistemológico y político importantísimo, pues el sujeto que hace historia es

---

<sup>95</sup> C. De Gamboa Tapias, “La memoria como política y las responsabilidades derivadas del pasado”, en *Ideas y valores* 68, p. 86.

consciente de que el conocimiento del pasado es inseparable de la voluntad de transformar el presente». <sup>96</sup>

Ahora, como último paso en la toma de referentes consonantes con nuestro planteo, vayamos un texto de María del Rosario Acosta López, para inscribir una cercanía al mismo tiempo que un distanciamiento. En su texto titulado *Gramáticas de la escucha, gramáticas de la interpelación: hacia un abordaje filosófico del trauma y de la memoria en conversación con el trabajo de Cathy Caruth*, Acosta López parte de algo que ha sido parte también de nuestra elaboración: las neurosis traumáticas. Las elabora como experiencias de lo «no-localizable», como una experiencia que inscribe una ausencia. Ausencia porque es algo que, estrictamente hablando, *no pasó*, en el sentido de su no-inscripción. Ausencia, también, porque no entra al recuerdo, por lo que implica una ruptura radical del sentido. Ausencia que, paradójicamente, está demasiado presente, pues retorna compulsivamente: «amnesia e hipermnésia». <sup>97</sup> «¿Cómo insertar en la historia la marca de una no experiencia, de algo que estrictamente hablando no ha ocurrido y que, sin embargo, retorna obstinadamente como algo inolvidable?» <sup>98</sup> Hasta aquí, todo lo sostenido por Acosta es consonante con nuestros planteamientos.

La conceptualización que María del Rosario Acosta hace del trauma, apoyada en Freud, implica la dimensión de lo no-simbolizable, de lo no-ligable a que hacíamos mención. «Nos fuerza, en su otredad radical, a repensar las nociones mismas de referencia y representación» <sup>99</sup>: se pone en cuestión lo que es pasible de entrar en lo simbólico, e incluso en lo imaginario. Pero es en el momento en el que Acosta López se aleja de Freud y se acerca a Cathy Caruth que empieza nuestro distanciamiento. Pues, a nuestro parecer, «negocia» con un irreductible. Pues si bien ha estado elaborando alrededor del trauma como una no-experiencia, como la ruptura radical del sentido y de la representación, más pronto que tarde pretende resolver ese hueso duro de roer estableciendo que al final sí es representable, nombrable, solo que con «otro tipo de voz» <sup>100</sup>, con «otra forma de comprensión» <sup>101</sup>. Esta otra

---

<sup>96</sup> *Ibidem.*, p. 95.

<sup>97</sup> Cfr. M. Acosta López, “Gramáticas de la escucha, gramáticas de la interpelación: hacia un abordaje filosófico del trauma y de la memoria en conversación con el trabajo de Cathy Caruth”, en *Psicoanálisis, deconstrucción y crítica de lo psicopolítico*, p. 260.

<sup>98</sup> *Ibidem.*, p. 261.

<sup>99</sup> *Ibidem.*, p. 262.

<sup>100</sup> *Ibidem.*, p. 262.

<sup>101</sup> *Idem.*

voz, esta otra comprensión, serían la literatura, o algo similar. En suma, desde esta perspectiva, se harían «disponibles» estas fracturas del sentido desde otras «formas de representación» capaces de testimoniar lo radicalmente fuera de sentido. Este nuevo modo de ver y de escuchar sería «desde el lugar del trauma», «sobre el lugar de la catástrofe»<sup>102</sup>, a pesar de que antes sostuvo que el trauma implicaba radicalmente un no-lugar.

Nuestro alejamiento de la propuesta de Cathy Caruth es palmaria. En primer lugar, puesto que sostenemos que el trauma es radicalmente lo no-ligable: no hay manera de «negociar» con este irreductible. En términos lacanianos, el trauma testimonia de lo real, y lo real es entendido como lo que es imposible—lógicamente— a lo simbólico. Y cuando hablamos de un «imposible lógico», no hablamos de algo que hoy es imposible pero mañana no: no hablamos de algo que con la «forma de representación adecuada» se haría «disponible». Nuevamente traemos a colación que lo traumático es para Lacan la sexualidad en la medida en que está atravesada por un *impasse* que testimonia de lo real: hay algo que no cesa de no escribirse en el hablante (de ahí el famoso aforismo lacaniano: “no hay relación sexual”). Lo traumático, en este sentido entendido, testimonia de un real, testimonia incluso de lo incurable en psicoanálisis. Algo se puede operar en ello, pero a manera de litoral, a manera de recurso que bordea lo radicalmente imposible, inaccesible. Como ya señalamos antes, las elaboraciones de Lacan para operar sobre lo que litoraliza la lúnula entre simbólico y real, aplica para el real involucrado en la sexualidad del hablante, concretamente: en la pulsión. De modo que no podemos convocarlo aquí. Sin embargo, mantenemos la estructura formal sostenida por Lacan, en este sentido: la historización, la reescritura de las marcas de origen, son sumamente importantes, incluso indispensables, liberadoras, emancipadoras, pero en lo que a lo traumático respecta, la reescritura tiene un límite. Allí donde hay lo traumático, hay un irreductible, algo que es imposible a la comprensión, a la representación, algo radicalmente fuera de sentido. Se puede atajar simbólicamente mediante la reescritura, sí, incluso se puede incidir sobre sus bordes, pero más allá de ello no se puede ir. ¿Qué acaso no es eso lo que sienten las buscadoras: que su lucha, su articulación política, su acuerpamiento del trauma, es sumamente importante, y lo reescribe, pero que de la desaparición de su familiar siempre restará una herida irreductible a tales tareas? Esto es algo que claramente sólo pueden responder las buscadoras. Con todo, mi postura personal es que

---

<sup>102</sup> *Ibidem.*, p. 263.

si bien la tramitación simbólica es insustituible, indispensable, también es importante custodiar el desgarro en tanto desgarro, no pretender comprenderlo (mucho menos en zapatos ajenos), y esto por puro respeto. Y también definiendo una concepción de lo traumático como lo que testimonia de un real (en este caso, lo real del duelo), lo que es radicalmente innombrable, incomprensible, de lo que resta siempre algo no-ligable. La creencia neurótica sería que el *imposible lógico* es un *imposible sólo para él*, y que lo necesario es intentar más, o de otro modo. Creo que esa es una losa demasiado pesada por cargar, y que uno encuentra mayor liberación cuando uno custodia lo imposible en tanto imposible.

Ahora bien, no hay que confundirnos: en lo que a la lucha política se refiere, esto no implica de ningún modo una suerte de renuncia a la lucha misma. Nada de esto y todo lo contrario: los desgarros, el trauma, deben ser reescritos, deben procurarnos horizontes de articulación y emancipación, pero también debemos guardar respeto a las víctimas y sofrenar nuestra pretensión de entenderlo todo. Hay algunos desgarros que no se entienden. Claro, son agujeros que incluso pueden ponernos en marcha, que incluso pueden llevarnos muy lejos, pero siempre resta algo inasimilable en su seno.

##### **5. El caso de Alicia de los Ríos Merino: reescritura y subversión.**

Es menester cerrar la articulación que nos propusimos retomándola desde su planteamiento inicial, ahora ya con todas las piezas en el tablero. En primer lugar queremos señalar: el Servicio Social prestado tuvo su actividad central en la creación de un Memorial de Víctimas. Hemos intentado—si lo logramos, en alguna medida, no es tarea nuestra decidirlo— dar una justificación a la pertinencia de un ejercicio así. Ciertamente esta pertinencia puede intentar sostenerse desde muchos campos de saber. Nosotros hemos elegido el psicoanálisis, por cuanto que la historización analítica, aún sacándola del consultorio, implica una reescritura de las marcas—incluso de los agujeros, en la medida en que se reescribe a su alrededor— aparentemente acabadas del sujeto en una dirección más vital, incluso emancipatoria, que haga de lo traumático ocasión de articulación colectiva y lucha política. Ahora bien, dentro del trabajo de la creación de un Memorial de Víctimas, tras largas vicisitudes de orden metodológico y burocrático, se decidió, como enfoque del trabajo, elaborar historias singulares, que sin embargo pudieran dar cuenta de la desaparición forzada en cierta

generalidad. El caso particular que a mi equipo de trabajo tocó fue el de Alicia de los Ríos Merino.

Llegados a este punto, hemos de declarar que el armado del trabajo como tal, dado que es un «Informe Académico», tuvo que acentuarse más en lo «académico» del Informe que en el Informar. Esto por cuanto que el presente trabajo se pretende como modalidad de Titulación para la Licenciatura de Filosofía, de modo que fuimos exhortados a enfatizar el trabajo conceptual y metodológico, y a no limitarnos a un mero relato del Servicio Social prestado (esto es, a no limitarnos a reproducir el material del Memorial aquí, sino a trabajarlo desde lo conceptual). Es por estas razones, en virtud de la naturaleza del trabajo en cuestión, que las menciones al Memorial de Víctimas en cuanto no habrán podido ser abundantes. Y por una razón más: creemos que el caso de Alicia de los Ríos (a decir verdad, cualquier caso de desaparición forzada) es de una complejidad tal que el entramado conceptual que nos propusimos articular sería apenas una introducción a *una* manera de historizar a su alrededor. Es por ello que hemos optado traer a la presencia el caso de Alicia de los Ríos Merino, mas declarando de antemano que lo haremos de manera insuficiente, tan solo para poner de relieve y al trabajo nuestra perspectiva, pero en absoluto agotando las aristas de la cuestión.

Contemos de manera breve la historia de Alicia de los Ríos Merino. La primera aclaración que hemos de hacer ya empieza a dar cuenta de por qué los conceptos utilizados han sido—al menos ha sido nuestra aspiración y nuestra apreciación al respecto— pertinentes: Alicia de los Ríos Merino es el nombre al mismo tiempo de la madre, quien fue detenida y posteriormente desaparecida por miembros del Estado Mexicano el 5 enero de 1978<sup>103</sup>, y de la hija, quien no solamente lleva su nombre, sino que lleva en sí las marcas de la detención-desaparición de su madre. Escuchemos las palabras de Alicia de los Ríos (hija): «El llamarme igual que mi madre nos une en más de un sentido: en esa circunstancia se resumen las marcas que su detención-desaparición ha dejado en mí, en todas nosotras y nosotros que queremos, necesitamos saber dónde están los nuestros. »<sup>104</sup>

Decimos que la elección de este caso muestra la pertinencia de los conceptos que elegimos, en primer lugar, por lo siguiente: este caso da cuenta, como casi ningún otro, que

---

<sup>103</sup> Centro Prodh, “Alicia de los Ríos Merino”, <https://centroprodh.org.mx/casos-3/alicia-de-los-rios/>, consultado el 26 de septiembre de 2023.

<sup>104</sup> De los Ríos Merino, Alicia. “Carta a quienes saben dónde está Mamá | Centro Prodh”. Centro Prodh, 5 de enero de 2021. <https://centroprodh.org.mx/2021/01/05/carta-a-quienes-saben-donde-esta-mama/>.

un significante (tomemos, en este caso, el propio nombre de Alicia de los Ríos Merino como significante) no tiene un sentido último, fatal, abrochado a sí, sino que puede reescribirse en virtud de su concatenación con otros. Pues ahí donde «Alicia de los Ríos» es el significante del agujero de una desaparición, de una ausencia desgarradora, el mismo significante ha devenido ocasión de articulación política, de lucha colectiva, de «historia crítica», de búsqueda de justicia: la homonimia pone esto de relieve con una contundencia meridiana.

E incluso la propia Alicia (hija) reconoce que dicho nombre arrastra para sí una marca, una marca que sin embargo ha podido reescribirse en un sentido emancipatorio: a más de 43 años de la desaparición de Alicia madre, Alicia hija es una abogada e historiadora que se ha dedicado no sólo a la búsqueda de Alicia madre, sino también de otras víctimas de la guerra sucia<sup>105</sup>. La búsqueda de desaparecidos ha estado presente en su vida desde su más tierna infancia, cuando en casa de su abuela se reunían las integrantes del Comité de Madres de Desaparecidos Políticos de Chihuahua y Ciudad Juárez<sup>106</sup>. De adolescente, fungía como enlace entre el Comité y distintas autoridades<sup>107</sup>.

De modo que Alicia hija ha tomado las marcas constituyentes de su historia, y ahí donde había ocasión de desgarrar insalvable, articuló su emancipación: pues reescribir las propias marcas no es quitarles a estas lo que tienen de irreductible, no es borrarlas o pretender que no existieron, sino desprender de ellas otros sentidos que los de su origen hacia horizontes nuevos: se trata de desprender de la herida el resplandor de su subversión. Ciertamente resta algo no-tramitable de la desaparición de Alicia madre: su hija ni siquiera la conoció. De modo que resta un agujero, un vacío insalvable, algo que no se inscribe. Mas alrededor del agujero es posible reescribir, y esto en la medida del modo en que el sujeto quede concernido allí, en aquello que «ni siquiera ocurrió», *pues la posición subjetiva resultante es lo que decisivo*. Esto es lo que está en juego en el análisis, esto es lo que Alicia de los Ríos (hija) pone sobre la mesa, y esto es lo que la labor de historización de un Memorial de Víctimas tendría que procurar: pues estas son tres actividades distintas, que sin embargo necesitan afirmarse por

---

<sup>105</sup> Nucamendi, Marcos. “Caso Alicia de los Ríos: los perpetradores de su desaparición salen de las sombras - A dónde van los desaparecidos”. A dónde van los desaparecidos, 6 de octubre de 2021. <https://adondevanlosdesaparecidos.org/2021/10/06/caso-alicia-de-l>

<sup>106</sup> Santiago, Violeta. “Alicia de los ríos: la estudiante disidente desaparecida en la “Guerra Sucia””. Corriente Alterna, 2 de octubre de 2021. <https://corrientalterna-unam-mx.translate.goog/justicia-e-impunidad/alicia-de-los-rios-estudiante-disidente-desap>

<sup>107</sup> *Idem*.

separado. Pues si bien el trabajo de Alicia de los Ríos (hija) precede al Memorial en cuestión, es trabajo del memorial generar los recortes significantes pertinentes de modo que se ponga de relieve lo dignificante y lo subversivo de esta historia. Y en análisis quizá no se haga otra cosa sino esta: pues uno es capaz de generar, sin importar la historia de cada uno, los recortes significantes que propicien que allí donde había un destino fatal, una marca insalvable, se reescriba el pasado y se reorienta el futuro: se trata, en suma, de escribir y reescribir una historia que no está «dada», en el sentido de que no está acabada.

Esta asunción de la propia historia, que no ignora lo irreductible, pero que opera a su alrededor, es la afirmación de la singularidad propia incluso allí donde el Otro había pretendido dar la última palabra. Salvando las distancias, podemos decir que ciertamente hay algo de este orden en el caso de Alicia: todo esto Alicia de los Ríos lo ha hecho incluso allí donde el Otro institucional no ha terminado por darle el esclarecimiento que la justicia exige. Esto es, sin duda, un hecho reprochable y desgarrador, mas ello no implica el enquistamiento de Alicia, sino todo lo contrario: allí donde el Otro se ha retirado omiso, Alicia ha hecho de su historia (de la de su madre) algo más que un mero capítulo censurado: Alicia es la memoria viva de su madre, y su lucha representa la de las miles de familiares víctimas de desaparición forzada de la Guerra Sucia. A través de Alicia hija, Alicia madre se hace presente y nos recuerda las voces silenciadas de aquellas personas que fueron desaparecidas por el régimen mexicano. Gracias al activismo imparable de Alicia hija, hoy se puede conocer mejor la historia silenciada de Alicia de los Ríos Merino.

Insistamos en un punto: la lucha de Alicia de los Ríos Merino y la creación del Memorial podrían parecer dos cosas independientes entre sí, que no guardan relación de correspondencia. Pero el Memorial no es un mero relato de algo dado, terminado, sino que, en la medida en que el discurso está siempre en disputa, relatar, mediante los recortes significantes que propicien horizontes emancipatorios, lo acontecido con-forma la lucha, la sostiene, la respalda. En la medida en que nuestro lugar de operación es la Academia, y nuestro medio específico es la palabra (en este caso escrita), es responsabilidad nuestra poner de relieve historias como las de Alicia de los Ríos Merino: para poner en marcha una «historia crítica» de nuestro horizonte político, para reescribirlo en el sentido de su emancipación.

Y hemos de aclarar: la emancipación no es, necesariamente, algo que tiene que verificarse en resultados como el hacer aparecer a los desaparecidos. Evidentemente que esto

sería lo más deseable, no solo el encontrarlos, sino el realmente obtener verdad y justicia. Nada más lejano a nuestra pretensión que desalentar esa aspiración, que sin duda es la aspiración última y más legítima. Pero lo que queremos decir es que, incluso cuando eso no se consigue, ello no significa que no se haya ganado nada: se ha ganado, al menos—y esto no es poco—, una posición subjetiva contestataria, activa, emancipatoria. Pues es cierto: al día de hoy no se sabe el paradero de Alicia (madre). Mas ello no significa que nada ha cambiado: su historia, en virtud de la labor de reescritura de su hija, ha devenido otra: no solamente una historia de injusticia sufrida, sino una historia de resistencia y de articulación colectiva. Pues Alicia de los Ríos no es solamente el nombre de su desaparición, sino también el de la lucha política que se convocó a su alrededor: esto ya es reescribir. Y todo esto sin pretender despejar por completo el agujero irreductible que su desaparición significa: uno reescribe, más bien, en sus litorales, en sus bordes.

De modo que la justificación del Memorial de Víctimas también se sostiene en este sentido: disputar el monopolio de la memoria es también disputar el monopolio de la acción política, pues ahí donde para el Estado el caso de Alicia de los Ríos había sido elegido el destino del capítulo censurado, es labor no solo de sus familiares, sino de quienes cuentan su historia y la defienden, inscribir ahí algo más que eso: poner la palabra que reescribe como acto político que pone en juego que ningún acontecimiento está cerrado (ni siquiera en la memoria), sino en constante creación. Es decir, que ahí donde la nominación venida del Otro pone la ilusión (en este caso la injusticia) de un ilusorio acabamiento del acontecimiento, es posible reescribir sobre la marca en el sentido de su puesta en interrogación: el psicoanálisis, ya dijimos, puede ser entendido como «historia crítica», del mismo modo que el Memorial de Víctimas lo es. Construir un memorial alrededor de Alicia de los Ríos, recuperar la historia de la madre desaparecida, pero también de la hija buscadora, es hacer reescritura del trauma: es historizar la hiancia de su desaparición de modo que allí donde parecía haber el significante fatal de la ausencia y de la injusticia, haya al mismo tiempo articulaciones emancipatorias en el sentido de su traida a la presencia y a la memoria, incluso de su institución como significante de la resistencia y de la subversión.

Concluamos esta parte del trabajo, en el que apenas hemos mencionado de costado el caso de Alicia de los Ríos Merino, aclarando, una vez más, lo que declaramos de antemano: ciertamente las referencias concretas a la historia de Alicia de los Ríos Merino han sido

insuficientes. Ello ha sido algo escogido, asumido, en la medida en que la orientación del presente trabajo exigía de nosotros no la mera reproducción de su caso (eso es parte del Memorial en cuestión que, por un lado, sigue en construcción, y, por otro, tampoco podría ser idéntico a su «Informe Académico»), sino la justificación conceptual del Memorial desde la perspectiva psicoanalítica—al menos eso intentamos—.

Hemos apenas traído a la presencia el caso de Alicia de los Ríos en la medida en que ponía poner de relieve nuestra tesis central: que el psicoanálisis propone una política de la memoria tal que, en primer lugar, se «llenen las lagunas del recuerdo», pero no como si se llenaran recuperando hechos dados, terminados, sino que el llenado de las lagunas del recuerdo ya implica una reescritura de la propia historia en un sentido liberador. Esto se ha puesto de relieve incluso por la homonimia entre Alicia madre y Alicia hija: el mismo nombre es capaz de articularse al desgarrar, al agujero, al mismo tiempo que ser puesto en marcha en el sentido de su subversión. La pretensión central era justificar la creación de un Memorial de Víctimas: y esto se justifica en la medida en que hemos podido utilizar la historización analítica como una historización política subversiva, en la medida en que partimos del hecho de que el discurso no está nunca cerrado, que no ha dado la última palabra, y ello por razones de la estructura del lenguaje y del discurso que hemos puesto de relieve. Concluimos el presente trabajo con la aspiración de que el mismo ayude a establecer la orientación del Memorial en cuestión.

## **6. Conclusiones**

Para concluir buscaremos hacer un repaso crítico de lo puesto en juego a lo largo del texto. La orientación de entrada fue plantearnos pensar la desaparición forzada como aquello no-simbolizado de la historia mexicana: un agujero no solo en nuestra historia política, sino en la subjetividad de las buscadoras, y esto por cuanto que el Otro garante de la verdad se retira omiso de su lugar nominante. Esto no-simbolizado se desdobló, a su vez, en dos: por un lado, dijimos desde Lacan, que este capítulo censurado, este capítulo de nuestra historia ocupada por un embuste, era al propio tiempo aquella parte del discurso concreto, en cuanto transindividual, que falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente. La labor de historización, de reescritura alrededor del agujero, se inscribe aquí: pues es posible volver a encontrar la verdad. Sin embargo, eso no-simbolizado,

nosotros sostuvimos que tiene un aspecto de posible simbolización y también otro aspecto radicalmente imposible. En suma, dijimos, se puede reescribir alrededor del agujero, mas en lo que es propiamente traumático resta algo que no cesa de no escribirse. Esto lo inscribimos en el sentido del límite de lo historizable, y sin embargo ello no cambió nuestro planteamiento: la rememoración, la reescritura, es indispensable y curativa, en la medida en que permite al sujeto, mediante la palabra, asumir su historia, resubjetivar los desgarros pasados de modo que procuren horizontes de futuro: «es ciertamente esta asunción por el sujeto de su historia, en cuanto que está constituida por la palabra dirigida al otro, la que forma el fondo del nuevo método al que Freud da el nombre de psicoanálisis».<sup>108</sup>

Mediante esta puesta al trabajo podemos decir una vez más, con Rosaura Martínez Ruiz, que por medio de esfuerzos psicoanalíticos podemos hacer de la huella traumática una huella emancipatoria: esto y no otra cosa pone de relieve el caso de Alicia de los Ríos: la rearticulación, recontextualización del trauma: su subversión. E incluso, como dijimos también más arriba con Oscar Quiroga, allí donde hay algo que no se escribe, donde hay el agujero de lo que, estrictamente, no pasó (por su no-inscripción), y que no entra en el recuerdo, lo importante es de qué manera queda concernido el sujeto al respecto: en este caso, ante el agujero, la reivindicación subjetiva de un horizonte emancipatorio. Es este modo en que quedamos concernidos por el agujero el que, más que recordar, reescribe la historia, hace entrar lo aparentemente fatal en un devenir. Y es esta reescritura la que permite al sujeto reanudar la continuidad de su discurso consciente, de modo que pueda asumir su historia como propia, ahí donde estaba solamente a expensas del Otro. Se trata de una afirmación de la singularidad en el sentido de que nuestra historia nos pertenece (nos pertenece incluso reconociendo que no somos sus únicos agentes): pues podemos reescribirla. Afirmación de lo singular para no quedar devorados por el Otro institucional, que sin embargo no anula, sino que propicia, la creación de comunidad: pues la palabra a que convoca la reescritura ya reclama en sí misma a sus interlocutores, los congrega, pues la palabra incluye a sus Otros. Y esto es, incluso fuera del consultorio psicoanalítico, «socialmente terapéutico y sociopolíticamente curativo»<sup>109</sup>, como diría Rosaura Martínez Ruiz—al menos esa fue nuestra aspiración—.

---

<sup>108</sup> J. Lacan, “Función y campo...”, p. 249.

<sup>109</sup> R. Martínez, *op. cit.*, p. 348.

## 7. Bibliografía

- Acosta López, María del Rosario, “Gramáticas de la escucha, gramáticas de la interpelación: hacia un abordaje filosófico del trauma y de la memoria en conversación con el trabajo de Cathy Caruthy”, en *Psicoanálisis, deconstrucción y crítica de lo psicopolítico*, Rosaura Martínez Ruiz (coord.), Akal, Ciudad de México, 2021, pp. 257-270.
- Centro Prodh, Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro Juárez A.C., “Alicia de los Ríos Merino”, <https://centroprodh.org.mx/casos-3/alicia-de-los-rios/>, consultado el 26 de septiembre de 2023.
- De los Ríos Merino, Alicia. “Carta a quienes saben dónde está Mamá | Centro Prodh”. Centro Prodh, 5 de enero de 2021. <https://centroprodh.org.mx/2021/01/05/carta-a-quienes-saben-donde-esta-mama/>, consultado el 26 de septiembre de 2023.
- De Gamboa Tapias, Camila, “La memoria como política y las responsabilidades derivadas del pasado”, en *Ideas y valores* 68 (Sup. N. 5), pp. 81-104.
- Freud, Sigmund, “Proyecto de una psicología para neurólogos”, en *Obras completas. Tomo I: publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos (1886-1899)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2022, pp. 323-389.
- Freud, Sigmund, “Sobre la psicoterapia de la histeria”, en *Obras completas. Tomo II: Estudios sobre la histeria (1893-1895)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2022, pp. 261-310.
- Freud, Sigmund, “Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos” (1893), en *Obras completas. Tomo III: Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-1899)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2022, pp. 25-40.
- Freud, Sigmund, “La etiología de la histeria” (1896), en *Obras completas. Tomo III: Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-1899)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2022, pp. 25-40.
- Freud, Sigmund, “Tres ensayos de teoría sexual”, en *Obras completas. Tomo VII: Tres ensayos de teoría sexual y otras obras (1901-1905)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2022, pp. 109-222.
- Freud, Sigmund, “Repetir, recordar, reelaborar”, en *Obras completas. Tomo XII: Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras (1911-1913)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2021, pp. 145-158.
- Freud, Sigmund, “La dinámica de la transferencia”, en *Obras completas. Tomo XII: Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras (1911-1913)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2021, pp. 93-106.

- Freud, Sigmund, “Pulsiones y destinos de pulsión”, en *Obras completas. Tomo XIV: Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2022, pp. 105-134.
- Freud, Sigmund, “La represión”, en *Obras completas. Tomo XIV: Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2022, pp. 135-152.
- Freud, Sigmund, *Obras completas. Tomo XVI: Conferencias de Introducción al psicoanálisis (Parte III) (1916-1917)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2021.
- Freud, Sigmund, “Pegan a un niño” (1919), en *Obras completas. Tomo XVII: De la historia de una neurosis infantil y otras obras (1917-1919)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2022, pp. 173-200.
- Freud, Sigmund, “Más allá del principio del placer” (1920), *Obras completas. Tomo XVIII: Más allá del principio del placer y otras obras (1920-1922)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2022, pp. 1-136.
- Freud, Sigmund, “El yo y el ello”, en *Obras completas. Tomo XIX: El yo y el ello y otras obras (1923-1925)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2021, pp. 1-66.
- Freud, Sigmund, “Notas sobre la pizarra mágica”, en *Obras completas. Tomo XIX: El yo y el ello y otras obras (1923-1925)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2021, pp. 239-248.
- Freud, Sigmund, “Análisis terminable e interminable”, en *Obras completas. Tomo XXIII: Moisés y la religión monoteísta y otras obras (1937-1939)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2021, pp. 211-254.
- Freud, Sigmund, “Construcciones en psicoanálisis”, en *Obras completas. Tomo XXIII: Moisés y la religión monoteísta y otras obras (1937-1939)*, trad. José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 2021, pp. 255-270.
- Gerber, Daniel “Dis-curso del psicoanálisis: un punto de vista antieconómico”, en *El discurso del psicoanálisis*, N. Braunstein (coord.) Ciudad de México, Siglo XXI, pp. 103-138.
- Lacan, Jacques, “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos 1*, trad. Tomás Segovia, Editorial Siglo XXI, Ciudad de México, 2022, pp. 231-310.
- Lacan, Jacques, “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos 1*, trad. Tomás Segovia, Editorial Siglo XXI, Ciudad de México, 2022, pp. 461-495.
- Lacan, Jacques, “La significación del falo”, en *Escritos 2*, trad. Tomás Segovia, Editorial Siglo XXI, Ciudad de México, 2021, pp. 653-662.

- Lacan, Jacques, “Del Trieb de Freud y del deseo del psicoanalista”, en *Escritos 2*, trad. Tomás Segovia, Editorial Siglo XXI, Ciudad de México, 2021, pp. 809-812.
- Lacan, Jacques, *El Seminario. Libro I: Los escritos técnicos de Freud*, trad. Rithee Cevasco y Vicente Mira Pascual, Paidós, Buenos Aires, 2021.
- Lacan, Jacques, *El Seminario. Libro VIII: La transferencia*, trad. Enric Berenguer, Buenos Aires, Paidós, 2021.
- Lacan, Jacques, *El Seminario. Libro XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, trad. Juan Luis Delmont-Mauri y Julieta Arce, Buenos Aires, Paidós, 2022.
- Lacan, Jacques, *El Seminario. Libro 24: “Lo no sabido que sabe de la una-equivocación se ampara en la morra”*, trad. Susana Sherar y Ricardo Rodríguez Ponte para la circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Inédito.
- Le Gaufey, Guy, *La incompletud de lo simbólico. De René Descartes a Lacan*, trad. Silvio Mattoni, Buenos Aires, Letra Viva, 2012.
- Le Gaufey, Guy, *El notodo de Lacan. Consistencia lógica, consecuencias clínicas*, trad. Silvio Mattoni, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2007.
- León-López, Patricia, “El duelo, entre la falta y la pérdida”, en *Desde el jardín de Freud núm. 11*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2011, pp. 67-76.
- Martínez Ruiz, Rosaura, “Subvertir el discurso de odio o sobre el poder curativo de la performatividad”, en *Psicoanálisis, deconstrucción y crítica de lo psicopolítico*, Rosaura Martínez Ruiz (coord.), Akal, Ciudad de México, 2021.
- Nucamendi, Marcos. "Caso Alicia de los Ríos: los perpetradores de su desaparición salen de las sombras - A dónde van los desaparecidos". A dónde van los desaparecidos, 6 de octubre de 2021. <https://adondevanlosdesaparecidos.org/2021/10/06/caso-alicia-de-los-rios-los-perpetradores-de-su-desaparicion-salen-de-las-sombras/>, consultado el 26 de septiembre de 2023.
- Ovalle, Camilo Vicente, “Desapariciones en México: la emergencia de un campo”, *Historia y grafía núm. 56*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, 2021, pp. 53-87.
- Quiroga, Oscar, *El nombre propio y la nominación. Un recorrido genealógico*, Buenos Aires, Letra Viva, 2021.
- Roudinesco, Élizabéth, *Freud en su tiempo y el nuestro*, trad. Horacio Pons, Debolsillo, Ciudad de México, 2021.
- Trejo, Guadalupe, “De legos a autores, sus lectores y sus consecuencias en la transmisión del psicoanálisis en México”, en *Freud y Lacan. El revés de una recepción*, Miguel Felipe Sosa (coord.), Editorial Emergente, Ciudad de México, 2016, pp. 180-181.

- Santiago, Violeta. "Alicia de los Ríos: la estudiante disidente desaparecida en la "Guerra Sucia"". *Corriente Alterna*, 2 de octubre de 2021. [https://corrientealterna-unam-mx.translate.google.com/justicia-e-impunidad/alicia-de-los-rios-estudiante-disidente-desaparecida-guerra-sucia-contrainsurgencia/?\\_x\\_tr\\_sl=es&\\_x\\_tr\\_tl=en&\\_x\\_tr\\_hl=en&\\_x\\_tr\\_pto=sc](https://corrientealterna-unam-mx.translate.google.com/justicia-e-impunidad/alicia-de-los-rios-estudiante-disidente-desaparecida-guerra-sucia-contrainsurgencia/?_x_tr_sl=es&_x_tr_tl=en&_x_tr_hl=en&_x_tr_pto=sc), consultado el 26 de septiembre de 2023.
- Vegh, Isidoro, *Retorno a Lacan. Una clínica del sujeto*, Paidós, Buenos Aires, 2016.